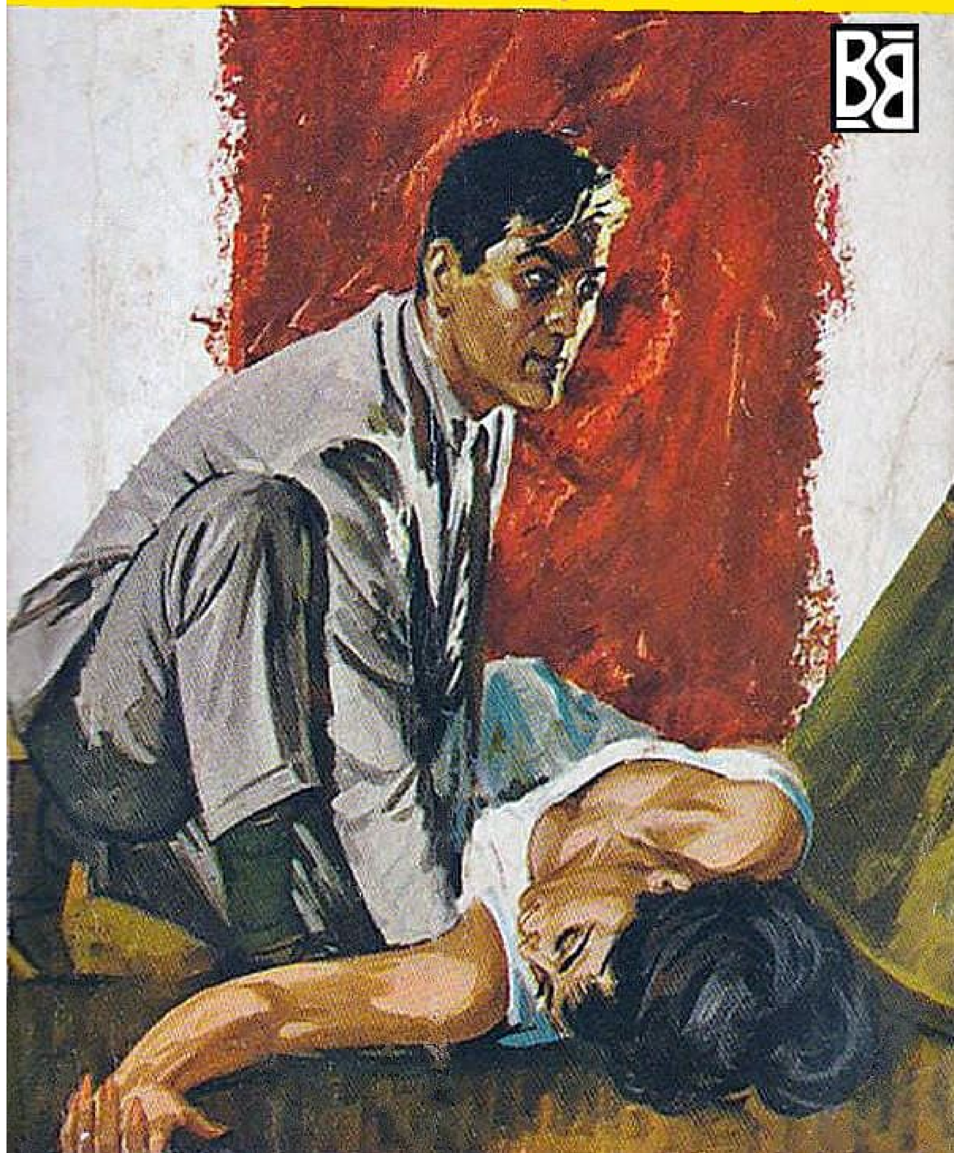
BOLSILIBROS BRUGUERA

SS

SERVICIO SECRETO

Tumbas en mi casa

peter debry



Acabada la temporada de verano, nos aburríamos en el rancho. Los cuatro. Leonora, mi esposa; Vivianne, una muchacha del país, de dieciocho años, que cobraba para ayudar a mi esposa, y Fred, un ex peso medio, que se ocupaba de los caballos.

Diez pencos, cuatro de ellos potables. El resto había escapado por crines del matadero equino. Era toda la caballería del «French Ranch».

Tuve una idea genial al inaugurar mi establecimiento en la última primavera. Una vieja granja en forma de «U». Un ala para el restaurante de especialidades.

Otra para el
bar-club
al estilo *saloon* y el centro con un piso y media docena de habitaciones.



Peter Debry

Tumbas en mi casa

Bolsilibros - Servicio Secreto - 816

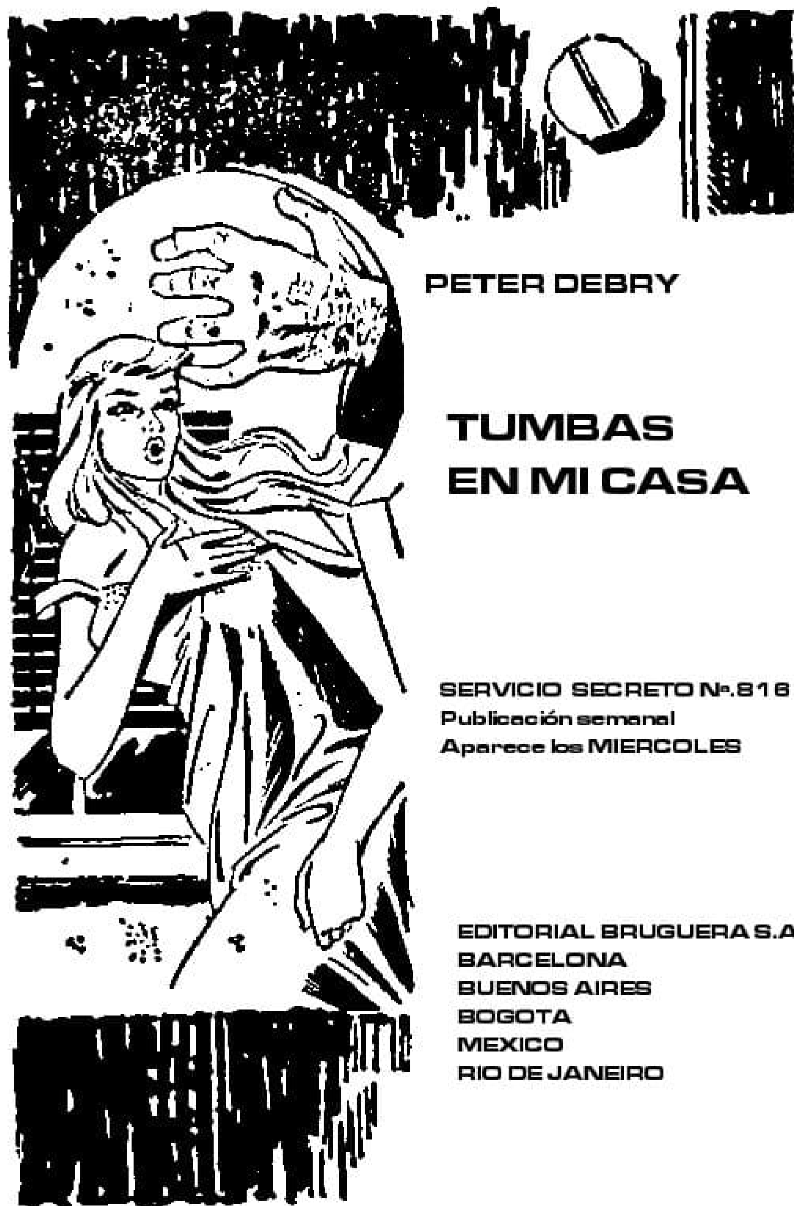
ePub r1.0
LDS 20.11.17

Título original: *Tumbas en mi casa*
Peter Debry, 1966
Cubierta: José Curtiella
Ilustraciones interiores: Costa y Altamira
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



SS SERVICIO SECRETO





PETER DEBRY

TUMBAS EN MI CASA

SERVICIO SECRETO Nº. 816
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES

EDITORIAL BRUGUERA S.A.
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA
MEXICO
RIO DE JANEIRO


LEONORA FABRI


JOSEPH
FABRICI
altamira

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

CAPÍTULO PRIMERO

Acabada la temporada de verano, nos aburríamos en el rancho. Los cuatro. Leonora, mi esposa; Vivianne, una muchacha del país, de dieciocho años, que cobraba para ayudar a mi esposa, y Fred, un ex peso medio, que se ocupaba de los caballos.

Diez pencos, cuatro de ellos potables. El resto había escapado por crines del matadero equino. Era toda la caballería del «French Ranch».

Tuve una idea genial al inaugurar mi establecimiento en la última primavera. Una vieja granja en forma de «U». Un ala para el restaurante de especialidades.

Otra para el
bar-club
al estilo *saloon* y el centro con un piso y media docena de habitaciones.

Todo, anidando entre pinos, a tres kilómetros de Niza. Puro Texas. Durante el verano, no pude quejarme. Un desfile de fantoches acompañados de sus costillas. Todos disfrazados a lo vaquero. Los paseábamos a precio de escándalo, encima mis jumentos, por las laderas del Monte Ventaigre y por los barrancos del Mal Internet.

El negocio fue estupendo. Pero, terminadas las vacaciones, volvimos a hallarnos en pleno desierto de pinares.

Liquidé el personal, conservando solamente a Fred y Vivi. El dinero ya no entraba a chorros en la caja, pero los pencos seguían comiendo como animales, los pobres.

Si los bípedos hubiésemos tenido la cabeza más sólida, mi rancho no se habría convertido en albergue de una serie sucesiva de calamidades.

Pero éramos todos de buenas carnes y poco seso. Así nos lució.

Aquel día, un viernes, la jornada empezó mal. Gris y lluviosa. Mi esposa debía dormir todavía, porque su transistor, que hacía funcionar a todo volumen, estaba silencioso.

Yo examinaba el correo que acababa de traerme el cartero motorizado. Facturas, folletos y más propaganda.

De pronto estalló un griterío en la cuadra. Me abalancé. Y el espectáculo era grotesco.

Fred luchando con Vivi. El coloso, calvo, con nariz de patata prensada y orejas en coliflor, jersey rojo y tejanos, temblaba de furor.

Se limpiaba con la manaza velluda la sangre de la mejilla, rajada por la fusta que todavía empuñaba la chiquilla.

Frente a él, Vivi era una frágil silueta, con pantalón de pana azul y blusa florida.

Fred empezaba a oscilar las plantas de los pies como un oso enfurecido, disponiéndose a saltar para un abrazo nada cordial.

—¡So, tasca el freno, hombre! —exclamé entrando en tromba.

Titubeó. Éramos amigos. Pero por si acaso cogí una horquilla.

Vivianne estallando en sollozos, acusó:

—Estaba dando comida a los conejos, y este bruto… me saltó encima.

—¡Mentira, pura mentira! —aulló Fred—. Es una comedianta, patrón.

—Escucha, Fred. No creo que sean los jumentos los que le arañaron la blusa.

—Pero ¿no ve lo que me ha hecho esta loca? —Y Fred se daba palmadas en la mejilla sangrante.

—¡Loca tu abuela! —gritó Vivianne.

Le quité la fusta de la mano, y Fred tendió un índice acusador:

—Nos traerá desgracias esta chiflada, patrón.

—No debiste buscaría, Fred.

—¿Buscarla yo? Si es ella que no para de girar ante mis ojos. Lo mismo con el cartero, el chico del carnicero y demás plebe.

—Ya basta. Vete a ponerte esparadrapo y ocúpate únicamente de los caballos. Y los dos dejad ya de hacer borricadas. Tú, Vivi, vete a cambiarte de blusa.

—Hubo cinco camareras este verano. ¿Me metí con ellas,

patrón? No. Vino esta mocita a mitad de setiembre, y ya ve lo que ha pasado.

Tenía razón. Nunca atacó a ninguna. Y eso que había algunas muy sensibles a su apariencia de orangután.

Yendo hacia la veranda central, medité que Vivianne en realidad, era de las que prometían silenciosamente. Yo, ni caso.

Leonora era celosa como veinte leonas juntas y una vez me confesó que si me sorprendía con una mujer, aunque solamente fuera besándole la mano, se convertiría en viuda.

Y no es de las que hablan porque sí.

Entré en el bar, medio en penumbra, y Vivianne, llorosa, se echó en mis brazos, gimiendo:

—Ha sido tan espantoso. Fred me da miedo, mucho miedo.

—Ya le hablaré. No te preocupes.

—Con usted sí que me siento protegida.

Y la muy estúpida se empinó, me atrajo por el cuello, y ¡zas!, me aplastó un beso de película.

Una puerta restalló, cerrándose.

La puerta del bar que comunicaba con el pasillo central.

Puede que fuera el aire.

Empujé a la maldita chiquilla, que seguía suspendida de mi cuello, y corrí hacia la puerta. El pasillo estaba vacío.

De cuatro en cuatro subí la escalera. Entré en mi alcoba matrimonial. Leonora no estaba ni en la cama, ni en el cuarto de baño.

Desde abajo el vozarrón de Fred me interpelaba.

—¡Patrón! ¡La señora Spira quiere verle!

—Voy yo mismo —y me precipité escaleras abajo.

Aparte de que Dora Spira es una argelina finísima, de muy buen ver, es mi vecina. A dos kilómetros posee una mansión lujosa. Y sus amigos son buenos clientes míos.

Por el sector tiene fama de excéntrica. Un rumor pretende que obtiene millones del tráfico de drogas. Otro asegura que es la jefa de una banda de espías internacionales.

Aparte de sus tres criados asiáticos, mudos y sonrientes, reside con un griego sesentón, que dicen es naviero, y un cursi que afirman posee el título de barón.

Dora me esperaba en el patio. Acababa de abandonar su caballo

a Fred. Estaba soberbia en su traje de amazona.

Ojos de almendra, a la brasa, boca agresiva, nariz algo aquilina, y una anatomía de mujer cien por cien. Podía tener treinta o cuarenta años. Era exótica, imponente y embrujadora.

Encaramada en un alto taburete del bar, encajaba en el decorado de *saloon*. Me la imaginé al estilo del lejana Oeste. Corpiño, falda fru-frú,
medias de malla, zapatos rojos de alto tacón.

—¿Cómo está usted, señora?

—Perfectamente, Jo. Espero unas visitas mañana por la tarde. Necesitaré cinco caballos. Tres mansos. Los mismos, todo el domingo.

—Se los llevaré con Fred.

—Cenaremos aquí, la noche del domingo. Dejo, a su mejor parecer, elegir el menú.

Ante el ventanal abierto, se perfila Vivianne. Ha cambiado su blusa. Saluda con la cabeza a Dora que le sonríe. Y la sonrisa se transforma en risa. Provocativa, algo perversa. Y la chiquilla la imita.

Frunzo el ceño, porque parece que me están tomando los rizos.

A doscientos metros, en la carretera, un claxon resuena por tres veces y Vivianne sale corriendo.

La voz grave, algo ronca, de la argelina Dora comenta:

—Muy divertida esta pequeña. Pero ¿por qué corre así?

—Es su novio que la llama.

—¿Su novio?

—Bueno, ella lo califica así. Un muchacho que transporta flores en su camioneta, entre Grasses y Marsella. Pasa cerca dos o tres veces por semana, y da un rodeo para verla a ella.

—Debe ser precioso este encuentro entre flores y de pronto Dora adquiere máscara de princesa oriental. Cruel y distante.

Me vuelvo. Leonora está en el dintel. Con la dulce expresión de una leona cosquilleada. Las dos se detestan. Con el odio espontáneo, instintivo que solamente las mujeres saben inspirarse.

Por si acaso, para evitar confusiones, aclaro:

—Hablábamos de Vivi, ¿sabes?

—Sí, y habrá que hacer algo. Tocan la bocina y ella acude a la cita romántica, sin preocuparse de si la necesito o no.

—Leo…, estos asuntos no interesan a la señora Spira.

Mi leona esboza un gesto de soberana indiferencia, y la hermosa Dora abandona el taburete y el local.

Crispada, Leonora viene a servirse una ración de leche con gotas de menta. Olfatea el aire con asco, y afirma con mala fe:

—No sé qué porquería de perfume se echa esta africana, pero basta que pase, y deja la atmósfera irrespirable, infecta.

—No me he dado cuenta.

—Nunca te das cuenta de lo que no te interesa notar. Apesta.

—Entonces vete fuera a beber tu biberón verde.

Me fulmina con la mirada. Sin moverse. Nunca le gustó mi idea del rancho. Prefiere Marsella.

Cuando la conocí, hace ya quince años, era una chiquilla del tipo liana, por lo flexible. Desde hace un par de años se ha ido convirtiendo en planta exuberante.

Pero sigue estando estupenda. Piel lechosa de verdadera pelirroja. Ojos felinos. Nariz vibrátil y ancha boca con el labio inferior saliente. Es hermosa, y siempre la deseo. También la quiero, aunque empieza a necesitar un poco de doma.

Cuando la conocí, sus tíos querían dedicarla a bailarina. Me opuse, hubo peleas con una serie de hampones, pero gané. La rescaté de un mal porvenir.

—¿Por qué me miras así? ¿Tengo verrugas?

—Eres la más bonita siempre. Precisamente pensaba en esto. Si no tuvieras tan mal genio, serías el no va más.

—Lo que me faltaba oír. Te sacrifiqué mi juventud, mi carrera, mi belleza de artista. Y ahora que envejezco, el señor me encuentra arpía.

—Otra vez el mismo rollo. Tienes apenas treinta y cinco.

—Treinta y tres.

—Bueno, por mí, no hay calendario. Y hablando de todo un poco… Antes que llegase la señora Spira subí a ver si dormías. Como no oía tu cacharro…

—Se estropeó, o las pilas se agotaron. Estaba en la cocina, calentándome café cuando llegó la africana.

Me quedo sin saber si vio a Vivianne suspendida de mi cuello.

El quimono de seda negra que lleva, demuestra que saltó de la cama sin pasar por el espejo, porque siempre baja vestida y

retocada.

—Subo a arreglarme un poco, Jojo. ¿A qué hora quieres comer?

—A la que me llames, leona.

Y entonces irrumpe Vivianne, jadeante, desmelenada. Secos los ojos, pero descompuesto el semblante por la ira… o el miedo. Posiblemente las dos cosas a la vez.

Tiene una marca roja en la mejilla y un ojo adornado en azul. Un ojo a la funerala.

Y Leonora parece muy contenta por dentro, mientras la pequeña explica:

—Es horrible… Se atrevió a pegarme.

—¿Quién? ¿Fred?

—No, Fred, no. Zezé.

Ése es el tipo de la camioneta de flores.

—¿Y por qué te atizó, monada? —murmura Leonora falsamente cariñosa.

—Quería que me fuese con él. Me negué. Primero me amenazó, después me insultó, y luego, pues ya está a la vista —y señala su carita.

—Nos podíamos arreglar sin ti —ronronea Leonora—. Tenías que haberle hecho caso. Bien, total, nada. Una pequeña discusión de enamorados.

—¡Vamos, despejen! —ordeno, ya harto—. Tú arriba, Leo, a vestirte. Y tú, a recomponerte.

Saben cuándo ya estoy hasta la coronilla. Desaparecen y me voy a respirar en mi sitio favorito. La glorieta. Leo el periódico. Lo de siempre. Dormito un poco.

Y decido montar un poco para ejercitarme, cuando veo una silueta perfilándose a la entrada de la pista, y remontar la alameda que flanquea el picadero de aprendizaje.

La silueta de alguien no muy alto, más bien corpulento, con gabardina oscura y tirolés gris de ala muy sobre la nariz. Lleva una especie de bolso o cartera.

Y a medida que se acerca, adivino quién es. Lo que me faltaba. Es mi hermano Lucas.

Que me perdone nuestra pobre madre, pero a Lucas, sin dejar de quererle, prefiero verle lo menos posible.

Es un ceporro mi hermano mayor. Cuando sale de la cárcel le

duran poco las vacaciones. Siempre trae buenas intenciones y montones de líos. Hace tres años que no nos vemos, pero no ha cambiado.

El vivo retrato de nuestro tío Salvatore, que acabó sus días en la enfermería de la Central de Clairvaux[1].

Luc es agradable de ver. Cuarenta años saludables, cutis sonrosado, pupilas de porcelana azul, una sonrisa de hombre bueno que exhibe una dentadura perfecta. Obra maestra de prótesis dental.

Pero hoy su sonrisa carece de optimismo y me bastan dos segundos para leer el pánico en toda su persona.

—Hola, Jojo.

—Hola, Luc.

Nos abrazamos. Y de inmediato, mira hacia atrás con inquietud.

—El aire libre no me sienta bien, Jojo.

—Vamos al bar. ¿Cómo has venido?

—En autocar.

Dentro del bar se quita la gabardina y deja sobre una mesa su bolsa, de tela azul con las iniciales
«P. A. A.»
y unas alas. El saco parece pesar.

Entonces mira en torno, con sonrisa burlona. Después del decorado, contempla mis botas, mi camisa a cuadros rojos y negros, y mi tejano. Le digo:

—No lo sueltes, Luc, ya lo sé. Parezco el *sheriff* de Siete Tumbas.

—Oye, en tu casa, debe ser carnaval todo el año, ¿eh, bandolero?

—Hay que entretener al cliente.

—¿Tienes ahora muchos?

—Nadie.

—Lo supuse. Y lo prefiero así.

—¿Tienes problemas?

—Problemas, no. Simples preocupaciones. Hay un matiz.

—Tú y tus matices… ¿Sales de chirona o te preparas para el reingreso?

—Ni una cosa ni otra. Los Fabri siempre fuimos una familia unida. ¿Es que ya no me quieres, hermano Joseph? Dilo ya. Di que no te alegra verme.

—Verte, me alegra de corazón, Lucas. Lo que me amosca son las

circunstancias que siempre te acompañan.

—No te preocupes de las circunstancias. ¡Chin, chin!

—Chin.

Chocamos los vasos y bebemos. Un buen mosto. El decorado será yanqui, pero mi estómago sigue siendo corso. Nada como un buen vino.

—Al grano, Luc. ¿Qué nuevo lío te traes?

—Parece mentira lo desconfiado que eres. Vine a visitarte.

—Pero no deseas que esta visita sea publicada o pregonada.

—Jo, eres un talento. Lo comprendes todo rápidamente. ¿Y Leo, siempre contigo?

—Para eso me casé con ella. ¿Por qué no iba a estar conmigo?

—Hombre, pensé que el estilo esposa de *sheriff*, no le agradaría a ella.

—Lo soporta.

—Aparte mi cuñada, ¿quién más vive aquí?

—Un mozo que se ocupa de los caballos y una moza que pasa la escoba y ayuda a Leo. ¿Quieres también un inventario del material, mis libros de cuentas o fotografías de los pencos?

—No te irrites, Jo, no te irrites, o te saldrán arrugas y úlceras. No pretendo hacerme pesado aquí. No es por criticar tu instalación, pero a mí la soledad no me place. Por consiguiente, tranquilízate porque no voy a incrustarme. Solamente unos días, en pleno incógnito. Máximo una semana. Hasta que vengan a buscarme unos amigos.

—Ah… Por qué les diste mi dirección a tus… amigos.

Conozco las amistades de mi hermano mayor. Toda la plana social registrada por las comisarías. Gente bronca, de gatillo fácil.

Mi hermano me contempla apenado, como si yo fuese un retrasado mental.

—Pues, claro, Jo… Tuve que darles tu dirección a mis compinches. Si no, ¿cómo iban a poder dar conmigo?

Cuando me despierto, entra el sol por la ventana. En contra de sus costumbres, Leo abandonó ya las sabanas.

Todo se resolvió bien ayer. Explicamos a Fred y a Vivianne que Lucas era un amigo de visita. Instalé a mi hermano en la habitación cercana.

Luc es un bribón, pero simpático, y sus bromas nos divirtieron a

los cuatro. Nos fuimos a dormir tranquilamente. Por lo menos yo sí.

Y esta mañana me encuentro satisfecho de vivir. Lo bueno dura poco.

Entra de pronto Leo y su faz felina expresa preocupación:

—Será mejor que te levantes, Jo. Hay algo incomprensible. Vivianne ha desaparecido. Su cama está intacta. No fue de compras, porque su velomotor sigue en el garaje.

—Puede que se hartase del rancho y decidió irse.

—No. En su habitación están todas sus cosas.

Empiezo a vestirme. Añade Leo:

—Hace media hora que la busco. Fred no lo ha visto. Tu hermano tampoco —y con cierta ansiedad me sondea—: ¿Piensas avisar a la policía?

—¡Ni hablar! Luego resultará que la chiquilla fue de juerga, y regresará fatigada, pero intacta. Nada de alborotarse. Lo único que haremos será esperar.

Bajo y en la veranda inundada de sol, mi hermano bien desayunado, lee con gran interés el periódico. La única hoja que parece interesarle, es la de Sucesos.

—¿Te habló Leo sobre la pequeña?

—Salvo error hizo una escapada con algún galán. Pareces inquieto.

—Porque si no está en el rancho, es que le ha sucedido algo.

Se monda.

—¿La raptaron los indios? No te hagas mala sangre. Llama al Llanero Solitario.

—Vamos al grano. Tú practicas siempre la fórmula de atacar pronto a cualquier hembra que se te ponga a tiro. De cada diez intentos, encajas ocho tortazos, pero dos caen. De eso presumes. Por casualidad, ¿no fuiste a intentar la fórmula con Vivi?

—Pues, sí. Fui a llamar a su puerta a eso de la medianoche. Nadie contestó y me permití entrar. No estaba. La cama sin usar. Entonces, pensé que estaría con otro más afortunado, y me fui a roncar. No tienes porqué inquietarte, hombre.

—Es que tiene una especie de novio, un camionero, y ayer pelearon. El quería llevársela. Al parecer es un tipo que alterna con pandillas de granujas.

Bruscamente la sonrisa de Luc se transforma en mueca

alarmada. Salta del sillón y masculla:

—Un instante. Vuelvo ya.

Penetra en la casa a paso ligero. Cuando regresa está transformado. Descompuesto el rostro, saltones los ojos y le cuesta pronunciar, tartajea:

—Jo… Jo… Esta pájara… voló con mi saco azul…

—¿Para qué iba ella a querer llevarse tus prendas interiores?

—Es que… no sabes lo que había dentro del saco. ¡Ay, Dios, qué desgracia tan atroz!

—Vamos, no exageres. Primero, ¿qué pruebas tienes de que fuese ella la que te birló tu saco?

—Lo escondí en un cajón. Ya no está. Aunque sea de una compañía de aviación, mi saco no voló solo. Y aprovechó mi ausencia, para colarse, ya que basta con la llave maestra, en esta maldita barraca.

—¡Ey, Luc! No fui yo quien te invitó a venir a esta maldita barraca. No fui a buscarte. ¿Qué contenía tu piojoso saco? ¿Dinamita?

—Peor. Mucho peor. Eres mi hermano, y sin embargo no te lo puedo decir. Pero a partir de ahora, es como si estuviera sentado en un vagón de nitroglicerina. Tengo que encerrarme en el cuarto. Nadie debe verme.

—Un momento, un momento…

—Si se presentan los amigos que debían venir a recogerme, diles que no me has visto, que nunca puse los pies aquí. Por nuestra madre, Jo. Nunca me has visto. No estoy.

Y se precipitó escaleras arriba como si le persiguiera un escuadrón apache.

La cosa empieza a olerme mal. Si tuviese dos dedos de frente, debería coger por el brazo a Luc, y llevarle al primer autocar de paso.

Pero al fin y al cabo es mi hermano. Desayuné, leí algo de prensa, y varias veces estuve a punto de subir a pedirle explicaciones a Luc. Pero desistí.

Nunca es bueno discutir en caliente.

No sé el tiempo que transcurrió en mis reflexiones. Oigo ronronear un motor. Un coche gran formato, color fresa, remonta la alameda a cámara lenta.

Acaricio la ilusión de que puede ser Vivianne regresando con un galán maduro y servicial. No. Los dos ocupantes son varones, y a medida que puedo discernir sus facciones, menos me gusta su pinta.

Y apenas paran la carroza y se apean, no es preciso que abran la boca para que comprenda que no son clientes ni mucho menos.

Visten con elegancia sobria. El más alto se cubre con un Borsalino gris perla. El otro, un Borsalino negro.

Pero bajo el sombrero, vaya cara que se traen. El más bajo debe tener unos treinta. Su rostro tiene el color blancuzco de los peces de aguas profundas. Ojos vidriosos, carece casi de narices, y su boca es blanducha, malsana.

El otro, rondando los cincuenta, es macizo, pesado y sanguíneo.

Los dos me contemplan sin la menor amabilidad. El más alto, pregunta:

—¿Fabri?

—Soy yo.

—¿Es suyo todo esto?

—Mío. ¿Quieren alquilar caballos?

El más joven, con expresión de profundo asco, interviene:

—Lo que queremos es ver a su hermano.

—Su hermano Luc —puntualiza el otro—. Tenemos cita con él. Supongo que ya le habló de nosotros.

—Para que me hubiese hablado de ustedes habría sido necesario que le viese.

El gordo respinga:

—¿Cómo? ¿No está aquí?

—La última vez que nos vimos fue hace unos dos años. Ahora bien, si son amigos de Luc les puedo hacer rebaja de precios.

—No hemos venido a jugar a vaqueros —rechina el más joven, con impaciencia—. Queremos ver a Luc.

—Lo siento. Otra vez será.

Fruncen las cejas. Es evidente que ambos se contienen para no emplear la rudeza.

El mayor tiene también vinagre en el tono:

—¿Está seguro de lo que nos afirma? ¿Muy seguro?

—Ni mi hermano es invisible ni yo soy cegato. Si estuviera en el rancho, lo sabría.

—A lo mejor se limitó a pasar —sugiere el mayor.

—Repito que hace años que no le he visto. Y ahora me excusarán, pero tengo que atender a mis clientes.

Vale más hacerles suponer que la casa está abarrotada de gente.

—Bien, bien… Ya volveremos —promete el gordo—. Si su hermano llega, dígale que nos espere.

—¿De parte de quién?

—Sabe él sobradamente quienes somos.

Y sin más, se incrustan en su gran lujo. El joven agarra el volante y maniobra suavemente. Se aleja el carro con tan extraña lentitud que produce, no sé por qué, una mala impresión.

A mi espalda, pregunta Leo:

—¿Quiénes eran?

—Dos tipos que deseaban informarse sobre la tarifa de estancia.

—Sí, sí, ya, ya.

Y desaparece en la penumbra del bar. Esta vez ya no vacilo. Subo rectamente al cubil de Luc. Es prudente el hombre. Se había encerrado con llave y pestillo.

Abre cauteloso. La diestra que hunde en el bolsillo de su americana, puede estar crispada en puño por nerviosismo. O puede estar crispada en torno a un petardo.

—Acaban de visitarme dos amigos tuyos.

—Lo sé. Oí el coche. Les vi a través de la persiana.

Le reproduzco la conversación. En sus sienes hay gotitas de sudor.

—Han dicho que volverán, Luc.

—Es una manera de hablar.

—Estos vuelven. Les conozco mucho menos bien que tú, pero te garantizo que volverán. Y serán menos educados y gentiles.

Mi hermano empieza a pasear como un oso enjaulado. Le aclaro:

—No es que te eche, pero si no deseas ver a tus amigos, quizá sería preferible que fueras a respirar otros aires.

—Imposible. No puedo mientras no recupere el saco.

—Ah… Porque crees que permaneciendo encerrado aquí, recuperarás tu maldito saco.

—Cuento con tu ayuda. Tú conoces a la pájara, sus costumbres, la gente que trata, los sitios a donde va…

—Hace apenas un mes que está en el rancho. Y de su vida privada estoy tan enterado como tú. O sea que incrustándote aquí,

pierdes el tiempo.

—No puedo irme. Sería arriesgado. Y puesto a elegir, prefiero más perder mi tiempo que mi piel.

—Comprendido. Pero cuando los dos vuelvan, ¿qué les digo?

—Lo mismo. Si no te arrugas, creerán que dices la verdad. Irán a buscarme a otra parte. No insistirán.

—Pero supongamos que insisten. Y que insisten con malos modos.

—Ya que vives en una barraca tan aislada, tendrás por algún cajón, un buen calibre.

—Ah… Por qué para serte agradable, quieres que transforme mi rancho en un cementerio. Escucha, hermano, no estamos en Texas ni en mil novecientos.

—No te pongas nervioso, muchacho. ¿Quién te pide que dispares, caramba? Basta mostrar la artillería. Da resultado de cada diez veces, nueve.

—Sí, pero a la décima vez, revientan los petardos y hay carnicería. No cuentes conmigo para ser tu pistolero. Si vuelven y se portan mal, voy a decirte lo que haré. Tendré en el ajo a Leo, y si las cosas se ponen feas, ella se agarra al teléfono y llama a los gendarmes.

La tez de mi hermano mayor se pone verde.

—¡Por favor, nunca se te ocurra llamar a los guindillas! ¡Nunca!

Me coge por los hombros y me mira afectuosamente:

—¿Es que pretendes llenar de remordimiento tu vida, haciéndome empaquetar por la bofia?

—De todos modos, si Vivi no reaparece, bien que me veré obligado de llamar a la gendarmería.

—¡Cristo! No pierdas la sangre fría. No hay ningún incendio a la vista. Ten paciencia. Espera y dale tiempo al tiempo. Los gendarmes… ¿Es que no encuentras otro tema de conversación?

—Sí, Lucas. Un tema serio. Me caes del cielo como el granizo o una epidemia. Dices que sólo para esperar a que lleguen dos amigos. Y cuando llegan, juegas al fantasma. Hasta aquí, no protesto. Pero si quieres seguir en mi casa, me vas a explicar, pronto y rápido, todo el lío. Vamos, desembucha.

Coge una silla por el respaldo, y la cabalga. Masculla:

—Tal como rueda la bola, es preferible que te enteres. Toma,

lee.

Me tiende un trozo de periódico, cuidadosamente plegado en cuatro dobleces. Me salta a la vista el titular:

TRES GANGSTERS CON MASCARAS DE CARNAVAL ROBAN LAS JOYAS DE MARIKA GARLAN

Lo que sigue es el serial clásico. Marika Garlan es archiconocida. Una de las tres o cuatro grandes tiples de la época. De paso por Montecarlo para un recital, le rapiñaron la quincalla un trío de malhechores. Todo el guión estaba bien planeado. Hubo un detalle imprevisto. La aparición de polizontes. Tiroteo. Y los tres granujas consiguen escapar aunque cada cual por distinto camino.

Contemplo a mi hermano mayor con reproche, al preguntarle:

—¿Es que nunca te decidirás a portarte limpiamente?

—¿Limpiamente? —protesta indignado—. Era un trabajo limpio, perfectamente organizado.

—Me refiero a vivir honradamente.

—¿Honradamente? ¿Qué tiene que ver en este asunto la honradez? La cotorra ésa se revuelca en montones de oro. Unos diamantes como los que le hemos birlado son un insulto a las naciones subdesarrolladas. Considero más moral ponerlos en circulación para alimentar a unos cuantos subdesarrollados. Yo, entre ellos.

—Me apenas, Lucas. No hay modo de que te redimas.

—Me hubiese redimido con las joyas que transportaba en el saco. Mis dos amigos me confiaron que las guardase, cuando tuvimos que escapar cada cual por donde pudo. O sea que era una misión sagrada. Y ha sido preciso que venga a tu barraca, la casa de la honradez, para que me birlen las joyas.

—Lo que falta. Encima va a resultar… Anda, sigue.

—Mis amigos debían venir aquí para largarnos a Italia con papeles de identidad arreglados. Y ahora sí que estoy metido en un lío.

—Explícales.

—¿Lo que ha ocurrido?

—¡Exacto! ¡La pura verdad!

—No lo creerán. Se imaginarán que les estoy narrando un cuento de hadas para timarles. Me arrancarán la piel de los pies. A

ti también. Y a tu mozo de cuadra. Y a tu costilla.

—¡Ay, caray! ¡Mira que…!

—Déjame acabar. Destriparán tus pencos, le meterán fuego a la barraca, con nosotros dentro. No les conoces. Son amigos míos, de acuerdo, pero en los tratos que firman con la palabra, son serios, formales y eficaces. Y correctos. Pero ahora están nerviosos.

—¿Con que serios, formales y nerviosos? Mira… De momento, prefiero irme a tomar un poco de tila.

Salí como un autómata. No quería que en mi rancho hubiera una segunda edición del caso

Abel-Caín.

Con una variante.

La quijada de borrico la esgrimía yo.

CAPÍTULO II

Apenas llego a la planta baja, veo venir el carruaje cuyas riendas lleva Dora Spira. La acompañan los dos invitados permanentes de su villa. Se apea y está soberbia en su traje chaqueta deportivo.

A su derecha trota sobre sus cortas piernas una especie de globo envuelto en capa gris y cubierto con un tirolés rematado por brocha. Es Gregoropoulos, el naviero griego.

Parece un peregrino, siempre triste como la lluvia. Siniestro.

El barón Basil completa el trío. Impecable. Alto, flaco, es el tipo de hombre que toda su vida, conservará la expresión desmañada de un adolescente retardado. Pese a sus largos treinta.

Si el griego ostenta siempre una jeta de funerales, el barón es más bien del estilo taimado, malsano y viscoso. Parece una araña.

—Los amigos que debían venir, se excusaron y aplazaremos para otro día la excursión, Jo. Pero los tres *deseamos almorzar.*

Fred está llevándose el percherón y el carruaje. Señalo el interior:

—Mi mujer les preparará algo inmediatamente. ¿Aperitivos?

—Sí. En el *saloon*, no. Aquí en la veranda y es ella siempre la que manda.

Se instalan y sigue siendo ella la que no para de charlar. Los otros dos solamente abren la boca para deglutir *whisky*. Los tres se contemplan sin la menor ternura.

Cuando vienen los tres, la razón es indudable. Y ya no pueden soportarse más dentro de la villa. Pero hoy parecen odiarse más que nunca. Llega Leo con una inmensa fuente de entremeses. Para que no se impaciente en espera del menú. Regresa mi leona a su cocina.

Destapo el vino rosado, y Dora con excesivo candor me pregunta:

—¿Y su pequeña Vivianne? No la he visto. ¿No estará indispuesta, espero?

—Oh, no, no.

—Entonces será que hoy es su día libre.

—Exacto, esto mismo. Fue a Niza a ver a una de sus tías.

Dora mira hacia el umbral de la veranda. Me vuelvo. Un sujeto de pescadora azul, jersey y tejano. Botas con suela de goma. Por esto no le oí acercarse.

Unos veinticinco años. Alto, pero estrecho de hombros. Un dedo de frente entre las cejas y el flequillo negro. Aire presumido. Una fina cicatriz le adorna la mejilla desde el pómulo al mentón.

—¿Qué desea? —le pregunto.

—Ver a Vivianne.

—No está. Precisamente se lo estaba diciendo a la señora.

—Ya lo oí —expone el mozo—, pero a mí cuéntame otro cuento. Nunca tuvo tía en Niza. Y no era hoy su día libre. Soy Zezé, su novio.

Se acerca más y huele a alcohol. Su tono se hace exigente:

—Vaya a avisarle que estoy aquí. Tengo que hablar con ella.

—Lárgate. A Vivianne le revientan los granujas de tu calaña. Búscate otra chica. Sobran.

Se le inyectan en sangre los ojos y crispados los puños, brama:

—¿Cómo? ¿Es a mí a quien hablas así?

—A ti, sí.

Es un rufián de poca monta. Me asesta un chut canallesco, pero me lo vi venir. Salto a un lado y le hinco un gancho en las costillas. Se dobla. Le empujo por la cabeza hasta el patio.

—Lárgate, Zezé.

No me hace caso. Torcida la boca, rabioso, me embiste. Tiene envergadura y podría hincharme la cara. Prefiero evitarlo. Me inclino bruscamente. Le agarro por las piernas, y le ayudo en su embestida.

Me pasa por encima las espaldas y en vuelo planeado aterriza en la hierba, con un relincho de furor.

Cayó sobre sus cuatro patas.

Mi error fue no saltarle encima, y patearle un poco los riñones.

Ya está de nuevo en pie sobre sus largas piernas. Pero esta vez empuña un cuchillo de muelles. La hoja sale disparada y es larga.

Me espera, dispuesto a embrocharme.

Tras los cristales de la veranda, mis tres clientes contemplan el rodeo. Parecen entretenerse mucho.

—Cuidado, Zezé. No seas fogoso. Te puede costar caro. Hay testigos.

—Me importan un bledo tus testigos. Si un día, los polis meten las narices en lo que pasa aquí, poco caso les harán a tus testigos.

—¿Y qué es lo que pasa aquí?

Si dialogamos se calmará.

—Estoy al corriente. Tu rancho de pacotilla es una tapadera para negocios sucios.

—¿Estás mal del coco, o qué, chico?

—Sé lo que sé, y por esto no quiero que la peque se quede aquí. He venido a buscarla, y ella está de acuerdo.

Su navaja se está acercando peligrosamente. Me cuesta aparentar calma. Debo escudarme en el diálogo.

—¿Que está de acuerdo? Me extraña, moreno. Ayer se te fue la mano. Le vi el ojo a la funerala…

—Ocúpate de tu funeral, ahora. Perdí ya demasiado tiempo contigo, crápula.

Esta vez se dispone a ensartarme. Retrocedo y me detiene por la espalda uno de los maderos de la cerca del picadero.

Verdoso el cutis, un rictus maligno en la boca, Zezé avanza lentamente, con la seguridad del que va a imponer su ley.

Reclino bien los hombros, para intentar con este punto de apoyo, hacer palanca y colocarle las suelas en donde más le duela.

Surge Fred, interponiéndose. Y aplica los tres pinchos de la horquilla que maneja, sobre el ombligo del pelmazo agresivo. Ordena:

—Suelta el abrelatas o te saco las tripas. Vamos, pronto.

El otro no insiste y deja caer su cuchillo. Ahora es él quien las pasa moradas.

Normalmente, Fred no tiene cara que inspire confianza, pero con la herramienta que sostiene, está francamente repulsivo.

—¡Galopa o te deshincho! —Ruge Fred—. Y si te gusta vivir, no vuelvas, carroña.

Crispados los maxilares, Zezé, temblando en su pescadora, da media vuelta y se aleja a largas zancadas. Segundos después, su

camioneta embala y desaparece.

Me seco el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—Buen trabajo, Fred. Gracias.

Encoge los hombros con un gruñido, y vuelve al establo con su tridente. Pienso que un vaso de blanquillo bien fresquito, me sentará bien.

Apenas he dado tres pasos hacia la casa cuando oigo el ronroneo de un motor. Esta vez, un ronroneo suave.

Vuelvo la cabeza, abrumado. Y pensar que vine al campo en busca de tranquilidad…

El carro color fresa acude lentamente.

Los dos amigachos de mi hermano.

Apenas baja del coche, el más joven me dedica una risa. Muda. Se ve y no se oye. Fría como el buen humor de una calavera. Y dice zumbón:

—Vaya con el *sheriff*. Contando trolas a los amigos, ¿eh?

Su compañero parece menos colérico, pero se me antoja más temible. Y remacha:

—No es serio, *sheriff*. Verdaderamente, eres poco formal.

Viéndoles llegar, fui a esperarles en el patio. Si había explicaciones prefería tuvieran lugar lejos de los oídos de Dora y sus invitados. Acabarían por formarse muy mala opinión del rancho.

—¿Qué pasa ahora? —indago por decir algo.

—¿Nos tomas por imbéciles? —comenta el mayor—. Nos informamos por el sector. Hay una cantina de camioneros. Y ayer vieron bajar del autocar a un fulano que era el vivo retrato de tu hermano. No me digas que es una coincidencia curiosa.

No digo nada.

—No está bien que hagas el tarugo con nosotros, puesto que te concretamos que éramos amigos de Lucas. Verdaderos amigos. ¿Qué pasa, Billy The Kid?

Su tono ya es francamente amenazador y en sus pupilas leo un ansia loca de golpear. Le rectifico:

—Déjate de apodos grotescos. Me llamo Fabri, José.

—Y yo Rejac, Bruno. Tanto gusto.

Interviene el gordo:

—Para ser un tabernero mundano te falta estilo. No se dejan así en la puerta a los clientes. Supongo que tienes un bar. Llévanos a

tomar un trago.

No hay modo de oponerme. Le conduzco al *saloon*, y apenas dentro, no esperan a que les sirva algo. Me empotran por los flancos.

Contra mis costillares percibo el cañón de los petardos que rellenan sus bolsillos. Protestó:

—Bueno, bueno, sin empujar. Mi hermano vino ayer, pero ni me habló de vosotros ni se quedó. Parecía molesto, inquieto. Nada me ha dicho y no le gusta que le pregunte. Es mi hermano mayor. ¿Qué queríais? ¿Qué os hiciese confidencias apenas llegados? ¿Quién me demuestra que sois sus amigos? También podríais ser de la policía, ¿no?

Esta suposición dibuja una sonrisa en los delgados labios del gordo.

—Es la primera vez que nos confunden con policías. ¿Has visto a muchos de esos funcionarios viajando en un cacharro como el nuestro?

—Eso no demuestra nada.

—O sea que supones que Luc podía tener a la policía pisándole los tacones. ¿Te lo dijo él?

—No me dijo nada. Pero le conozco. Y si le buscan no es para darle una medalla.

—Fíjate bien, Marco. Nos está tomando el pelo —dice Bruno, y hace saltar su pistola, cogiéndola por el cañón. La culata abanica ante mi rostro unos momentos—. Continúa así, Jo, y para empezar te haré papilla los dientes.

—Un instante —conmina el gordo llamado Marco—. Escúchame, vaquero, de mis entretelas. Se acabó *la broma*. Vas a decirnos donde está tu hermano.

—¿Y qué sé yo? Se fue como vino. Siempre hace lo mismo. Y es bastante grande para saber lo que se hace.

—¿Se marchó cómo?

—En el autocar de esta mañana.

—Si nos mientes, será fácil descubrirlo. En la cantina se entretienen mirando a los que llegan o se marchan.

El joven Bruno me coloca la culata en el estómago.

—Echaremos un vistazo a la barraca. ¿Qué opinas, Marco?

—Conviene. Vamos, *sheriff*, te seguimos.

—Tengo clientes. Podríais esconder el «Colt». Le gusta a mi clientela el ambiente Oeste, pero no hasta este punto.

—Camufla, Bruno —ordena el gordo.

Y hago los honores de la casa. En el vestíbulo cruzamos a Leo que lleva una cesta de fruta. Desaparece en la veranda, sin abrir el pico.

—¿Tu mujer? —pregunta Marco.

—Sí.

—Guapa —silabea Bruno.

—Aparte los clientes de la veranda, ¿tienes otros?

—No.

—Aparte tu mujer, ¿cuánto personal?

—Un mozo que se ocupa de las cuadras. Nadie más.

—No es mucha gente para llevar una barraca como ésta.

—Estamos fuera de temporada.

Son verdaderos sabuesos. Todo lo miran. Lo abren todo. Registro a fondo. En el primer piso, escrutan nuestra alcoba, las vacías y finalmente no me queda más remedio que detenerme ante la puerta tras la cual alojé a Luc.

Al girar el pomo, los latidos cardíacos aumentan. Me preparo a zambullirme por si acaso mi hermano nos acoge a tiro limpio.

No está cerrada. Se abre sin dificultad y entramos.

Nadie. Yo soy el primer sorprendido. Tanto más que la única vía de escape, la ventana, está cerrada por dentro.

Bruno recoge una corbata colgada al respaldo de una silla. Declara:

—Aquí durmió. Esta corbata es suya.

No cabe duda. Acredita su buen gusto. Cuatro ases sobre fondo azul pálido.

—Extraño que se haya ido sin llevársela. Es hombre meticuloso —expone Marco.

—Tendría otras en su equipaje —manifiesto como explicación sensata.

—¿Traía equipaje?

—Bueno, es mucho decir. Solamente un saco de viaje. Lo suficiente para mudas, y algunas corbatas también.

—Corbatas, ¿eh? Tengo la impresión que eres tú el que estás encorbatándonos.

—¿Le doy unos toques, Marco? —propone Bruno.

—Por ahora déjalo tranquilo.

Es evidente que Marco tiene más seso. No desea formar olitas en la charca. No le interesa la publicidad.

Seguimos la incursión. Buhardillas, granero, bodega, cuadras… Fred remueve arneses, sin prestar gran atención a mis dos acompañantes. Muchos clientes pagan por ver una cuadra estilo Lejano Oeste.

Y volvemos a estar en el punto de partida. El *saloon*. El pequeño me fusila con el barreno de sus pupilas. El gordo se rasca la oreja.

—Bien, ¿ya estáis contentos? ¿Ya me creéis ahora? —Alardeo.

El gordo Marco me contempla pensativo:

—Dime, Jo, ¿qué tal os lleváis tú y tu hermano?

—Todo lo bien de dos personas que se ven un par de horas cada tres o cuatro años.

—O sea que si le sucediese una desgracia, pronto te consolarías.

—No he dicho eso.

—Pero equivale. Supongamos que ayer Luc te haya confiado que transportaba género de valor. Supongamos que tu negocio no te vaya muy bien. Y la posibilidad de recoger un buen paquete caído del cielo, te habrá venido de perlas.

—Pero ¿qué clase de divagaciones son éstas? —protesto—. Primero, Luc no es charlatán, y si sois sus amigos, lo sabéis. Segundo…

—¡Segundo, cierras la boca! Supongamos que tu hermano no se marchó esta mañana, como pretendes. Supongamos que, durmiendo, le haya sucedido un pequeño accidente. Supongamos que, para, evitar las formalidades de las pompas fúnebres, te hayas encargado de abrir una fosa en el bosque…

Esto ya pasa de raya. Salto sobre el gordo, y le agarro por la solapa.

—Los dos estáis chiflados. Imaginarse que yo hubiese podido… a mi hermano Lucas… Pero ¿por quién me tomáis?

Bruno interviene. Me oprime las costillas con su petardo.

—Suelta a mi amigo. Atrás, manos en alto. Y rápido.

—Se acabó la sesión. Os vais los dos. Ya os he visto bastante. Tened en cuenta que mi mujer, mi mozo y, unos clientes, os han visto, así como a vuestro cacharro. Si me pasa algo, vais listos. Por

este sector la policía se moviliza a todo gas. Lo sabéis, supongo. No os digo más. Abur.

—Nos vamos —concede Marco—. Si tu hermano ha querido estafarnos, en menos de cuarenta y ocho horas sabremos donde está. Y lo apañaremos.

—Allá vosotros tres. No es asunto mío.

—Puede que sí. Porque si Luc no aparece, es que te habrás portado con él, muy poco fraternalmente. Y entonces, con o sin policía movilizándose, nos ocuparemos de ti. Cuidadosa y seriamente. Recuérdalo.

Los dos forajidos abandonan el *saloon* y suben a su carreta.

Cojo el primer frasco que tengo a mano, y bebo para remontarme el ánimo. Estoy soplándome la segunda ración, cuando Leo aparece. Pregunta:

—Estos dos, ¿venían a alquilar o comprar?

—Muy graciosa, muy graciosa. En vez de lucir tu ironía barata, harías mejor en informarme a donde fue a parar Luc, si es que lo sabes.

—Saltó por la ventana, y le vi huir hacia el bosque.

—Imposible. La ventana estaba cerrada por dentro.

—Yo la cerré.

—¿Sabías que esos dos sujetos le buscaban?

Me contempla compasiva y afirma:

—Puedo ser tonta, pero no tanto, Jo. Tengo ojos y algo de sensatez para sacar conclusiones. No sé lo que estáis guisando tú, tu querido hermano y los otros dos, pero creo que sería mejor que ventilaseis el potaje lo más lejos posible de aquí.

A solas, voy calmándome. No perderá nada mi hermano por esperar. No puedo lanzarme a buscarle y discutir, así en caliente.

CAPÍTULO III

En la veranda, Dora y sus acompañantes beben un digestivo. Ellos, desdeñosos. Ella, sonriente. Me interpela:

—Parece preocupado, Jo.

—No, no.

—¿Dos nuevos clientes? —y hace un vago ademán hacia la carretera.

—Sí y no. Gente que no sabe lo que quiere. Desean visitarlo todo. Las habitaciones las quieren ver una por una, y luego se escurren alegando que consultarán a sus esposas.

—Me parecieron no tener aspecto de ser de los que consultan a sus mujeres. Por lo menos, no fueron tan… violentos, como el primero. ¿Es el novio de Vivianne?

—Esto pretende.

—A lo mejor, estaba celoso.

—Estaba borracho. Excúsenme, pero…

—Pero es usted alguien muy ocupado… o preocupado —y ríe provocativa. No estoy para monerías. Saludo y me voy al primer piso. Veinte minutos después veo al trío partir en su carricoche.

Y la tarde va transcurriendo sin que aparezca la prenda de mi hermano. Sería demasiado bonito que se hubiese largado, sin intención de volver. Pero no me hago ilusiones.

Escondido entre matorrales, espera la caída de la noche para regresar. Por si sus amigos entrañables, Bruno y Marco, rondasen el sendero.

Tampoco ha regresado Vivianne. Normalmente, hubiese avisado a la gendarmería. Pero no puedo arriesgarme a que vengan y le metan los brazaletes a Luc. Pueden ya tener su descripción.

Al crepúsculo, me refugio en el *saloon*. Ocupo uno de los sillones

mecedora. Oigo crujir la puerta. Y de la penumbra del pasillo, surge Lucas.

No tiene muy buen aspecto. El bosque es húmedo en octubre. Mi hermano tiene barro hasta las rodillas. Su traje está arrugado como si hubiera dormido vestido.

Cojea un poco. Pero lo peor es su rostro. Lívido, mirada extraviada, expresión entontecida. Sus facciones de alegre bribón, se han relajado, dándole una máscara trágica de payaso.

Le tiendo una copa de coñac, que bebe de un trago. Me da pena verle, y trato, de tranquilizarle:

—Vamos, Luc, caramba, recupera las agallas. Come algo y luego subes a descansar un poco. No te inquietes tanto por culpa de tus amigos. No volverán hasta mañana. Cerraré todo, y puedes estar tranquilo. Eso es un verdadero fortín, y resistiremos aunque ataque Toro Sentado con sus bravos siux.

Intento hacerle sonreír. No hay modo. Pero la bronca que pensaba obsequiarle, tengo que suavizarla.

—Por esta noche no hay pega, Luc. Pero mañana tendremos que afrontar la realidad. Tus dos socios se figuran que te liquidé para limpiarte los bolsillos. Figúrate hasta donde pueden llegar dos pajarracos que son capaces de pensar algo tan atroz.

La sugerencia del crimen fraternal no parece emocionarle. Sigue tenso.

—Escucha, Jojo, hay algo mucho más urgente. Al buscar escondite por el bosque he encontrado a Vivianne.

—¡Vaya, ya era hora! ¿Te habló? ¿Te explicó…?

—No podía.

—¿Por qué? ¡Ay, Dios! No me digas que la peque está…, está…

—No, no está muerta, pero si en bastante mal estado.

Le cojo por el codo y lo sacudo:

—¡Explícate claro!

—¿Qué voy a explicarte? Tropecé con ella, por casualidad. Estaba tendida boca abajo. Respiraba. No tiene heridas aparentes, ni marcas en la garganta. La fui transportando. Y era duro, por qué me torcí el tobillo, al saltar por la ventana.

—¿Dónde la dejaste?

—A dos pasos.

—Vamos allá.

En la oscuridad, renqueando, Luc argumenta:

—Si recobra pronto el sentido, estoy salvado, Jo. Hablará, y así sabré donde metió mi saco. Entonces, mañana, cuando vengan ellos podré justificarme.

He llevado mi linterna. Al linde del bosque, Luc parece extraviado. Hasta que señala un arbusto.

—Allí está.

Proyecto el *haz* luminoso. La chiquilla parece dormir sobre el césped. Le late el corazón, pero muy débilmente.

La levanta y, cuan llegamos cerca del rancho, resoplo:

—Para un momento.

—¿Ya estás cansado? Palta de ejercicio, falta de ejercicio.

—Se trata de Fred. No quiero que pueda vernos con el peque. Tal vez ella nos hable de Fred. Voy a entretener a Fred. Mientras llevas a Vivianne a su cuarto. ¿Te sientes lo bastante fuerte para hacerlo?

—Qué remedio…

—Procura no perder el tiempo.

—Para eso estoy. ¿Crees que voy a dar tres vueltas a la pista de tu picadero?

Le traslado la chiquilla al lomo. Y corro hacia el ala de la casa, donde reside Fred cuando no merodea por las cuadras.

Hay luz dentro de su especie de guarida. Y de pronto oigo un susurro de conversación. Y estalla una carcajada femenina. Fred no está para paseos.

Oigo los naipes abatirse sobre la mesa. Ya está otra vez mi leona jugando al póker. Procura siempre limpiarle la paga a Fred.

Mejor que mejor. Corro a la veranda. Y a media escalera, Luc está sentado. A su lado, yace la chiquilla atravesada sobre los peldaños.

—La racha negra —gime mi hermano—. He resbalado y el tobillo lo tengo hecho cisco. Ayúdame a levantarme.

Le ayudo. Transporto a Vivianne. La tiendo en la cama. Sus labios parecen vacíos de sangre. Su ropa no está rasgada, ni tiene manchas de barro. No es preciso ser un talento para deducir que allá donde la encontró Luc, fue donde la transportaron y abandonaron.

—¿Quieres que te diga lo que le pasa a esta mocosa, Jo? Está

atiborrada de marihuana.

—¿Te falta un tornillo o qué?

—Soy experto. Y esta desgraciada se pasó de dosis. Lo peor es que le puede fallar el corazón. Si estira la pata, voy listo para saber lo que le pasó a mi saco y su contenido. Seamos humanos. ¿Conoces un médico de confianza por los alrededores?

—Sí.

—Llámalo y que venga a cien por hora.

Bajo la escalera a saltos. Y le doy a la manivela para pedir conferencia. Esperando, veo a Leo en la esquina del vestíbulo.

—¿Estás enfermo, Jo?

—¿Por qué demonios voy a estar enfermo?

—Como llamas al doctor…

—Ya te explicaré. ¿De dónde vienes?

—Del jardín, de recoger margaritas.

—Se acabaron las partidas con Fred.

—Por favor… No faltaría más sino que sintieras celos de Fred, el pobre.

—¡No envenenes la cuestión! Lo que siento es pena de Fred. No quiero que le arruines. Es un zopenco jugando al *póker*.

La voz de la telefonista rezuma fastidio:

—Lo siento. Demora. Unas tres horas. Vuelva a llamar dentro tres horas.

—¡Oiga, oiga!… ¿Cómo voy a esperar tres horas?

—Lo siento. Líneas ocupadas. Tres horas de demora.

Encasquillo el aparato, y subo. Apenas entro, adivino el desastre por la cara compungida de Luc que anuncia en sordina:

—El médico se puede ahorrar el viaje. La chica acaba de irse al otro barrio.

Me quedo estupefacto, como si el techo me hubiese caído sobre la cabeza. Y suspiro:

—Pobre chiquilla. Parecía muy sana. Quién iba a pensar que se drogaba.

—O que la drogaron —corrige Luc, Tuerce la boca y gime—: Mi tobillo. Se hincha. Vaya noche que voy a pasar. Ayúdame. Me echaré.

Le llevo a su cuarto, y bajo a la cocina, donde Leo prepara la cena:

—Tres cubiertos. Mi hermano ha vuelto.

—¿Es él quien necesita un médico? Será un siquiatra.

—Tiene un tobillo torcido. Y no está el horno para bollos.

Le cuento brevemente la situación. Y a modo de oración fúnebre, replica:

—Siempre pensé que esta chica acabaría mal. ¿Y ahora qué vas a hacer?

—Lo normal sería avisar a los gendarmes, ¿no?

—Lo normal, tal vez, si quieres que vayamos todos a pasar el invierno entre rejas. Si como dice Luc, ella murió por exceso de droga, te esperan muchas complicaciones, Jo.

Elevo los ojos al techo sin contestar.

—No estoy al corriente sobre las andanzas de tu hermanito. No le deseo ningún mal, pero mi instinto femenino me hace creer que no vino a vernos simplemente por afecto familiar ni por afición al aire puro.

—Pero ¡maldita sea!… No podemos conservarla a ella como pensionista, ¿no?

Mi leona mordisquea una oliva negra, bebe un sorbo de rosado, y opina:

—Avanzada la noche, la vuelves a llevar al bosque.

—Un cazador o un buscador de setas la encuentra, y como todo el mundo sabe que trabajaba aquí, acuden los gendarmes.

Chupa otra oliva, medita y por fin murmura:

—Hay un medio para que no corramos el riesgo de que la encuentren.

—¿Cuál?

—Con los muertos ¿qué se hace?

—Los entierran… ¡Ey! Deberías avergonzarte. ¿Me confundes con un sepulturero o qué? ¿Estás floja de tornillos?

—Si tienes algo mejor que proponer, te escucho.

Lo peor con Leo es que discutiendo, dice las peores salvajadas, y sin embargo, será por lógica femenina, pero casi siempre me convence.

Protesto sin gran energía:

—Se dice pronto eso de enterrar, pero ¿con qué abro la fosa? ¿Con un tenedor? ¿Con las uñas?

—Mañana vas y compras las herramientas necesarias.

Como cerebro frío, mi leona se lleva la palma. Pero yo tengo sudores muy fríos, solamente al pensar en la faena.

—¿Dónde está Vivianne?

—La dejamos en su cama.

—¿Cerraste la puerta con llave?

—La pobre no saldrá de paseo.

—Ella no, pero Fred puede curiosear.

—No se me ocurrió.

—Nunca se te ocurre nada.

Subimos y entra conmigo. Contempla a Vivianne. Sus ojos se ensombrecen. No sé si de tristeza o de rencor. Y de pronto me señala el brazo izquierdo de la chiquilla.

—Fíjate en el brazalete que lleva. Hasta hoy nunca se lo vi. No lo pudo comprar. Por dos razones. Por cuestión de gusto y cuestión de precio.

Me inclino para mirar. Una joya de plata vieja, cuajada de esmeraldas. Leo tiene razón. La pequeña no podía comprarse algo así.

Tengo una idea. Manipulo en el cierre, y quito el brazalete.

—¿Qué haces? —Se extraña Leo.

—Un momento.

Me precipito al cuarto de mi hermano, que tendido, contemplando plácidamente el techo. Al verme, gime de un modo que parte el alma. Es para que yo no ignore que su tobillo le tortura.

Le coloco el brazalete bajo la nariz:

—Echa un vistazo, Luc. ¿No te dice nada?

—Nada —decreta después de hacer rodar el objeto examinándole al trasluz.

—Lo llevaba Vivianne. Leo dice que no era joya para la chiquilla. Entonces, de pronto, pensé que esta joya podía proceder del lote que transportabas en tu saco. Es una hipótesis.

—Una hipótesis —ríe Luc amargamente—. ¿Crees que si esta birria valiese algo? ¿Hubiera tenido yo que esperar a que Leo me lo hiciera saber? Es lata vieja y culos de botella. ¿Te figuras que soy un cretino?

—Bueno, bueno, no gimas así o te subirá la temperatura. Luego vendrá Leo a traerte comida.

Regreso al cuarto de Vivianne. Me pregunta Leo:

—¿Era necesario que le enseñases este brazalete a tu hermano?

—Me dio la gana.

Salimos y cierro por fuera con llave.

Fuimos a cenar. Sin verdadero apetito. Subimos a hacerle compañía a Luc. Y dijo Leo:

—He pensado que la droga pudo darla a la chiquilla el camionero. Zezé. Está más o menos acoquinado con el hampa de Niza y Marsella. Bajo pretexto de transportar flores, ¿y si traficase droga?…

—Tu mujer tiene inteligencia. Podríamos informarnos de la vida y milagros del Zezé de marras, preguntándole a Marco. Se conoce al dedillo toda la jungla de la Costa.

—Pues preguntárselo —sugiere Leo.

Gravemente, objeta Luc:

—En las circunstancias actuales, lo menos que puedo decir es que considero desplazado hacerle una consulta a Marco.

—Lo que yo no comprendo, suponiendo que fuera Zezé quien drogó a la pequeña, ¿qué hacía ella en el bosque? —pregunto.

—Tal vez conservase algo de lucidez cuando Zezé la acompañó. Pero se internó en el bosque. Y hoy, Zezé vino a preguntar por ella, creyéndola repuesta y en su cuarto. Es indudable que esta muchacha salió anoche. Y pudo pasar el día entero inconsciente, en el bosque.

A mí me parece que Leo se complica en deducciones. Interviene Luc:

—Esta gente infeliz que se droga es incomprensible. Sus reacciones no podemos comprenderlas, nosotros, la gente decente.

Gime un poco, y Leo le aplica sobre el tobillo un paño caliente.

Yo necesitaría paños helados sobre la frente.

—¿Tenéis idea dónde se aloja el Zezé? —indaga Lúa.

—Por lo menos, su camioneta lleva una pancarta de florista, calle Volavent, en el barrio viejo de Niza —expone Leo, y desperezándose, se levanta—: Tengo sueño. Buenas noches.

Pasa un par de minutos y suspira mi hermano:

—Ah, si Marco siguiere siendo mi amigo… Le meteríamos mano pronto al tal Zezé.

—A propósito de Marco y el otro rufián, me agradaría saber qué

has decidido, si como es muy probable, mañana regresan de mal humor.

—Sigo sin asomarme.

—Entonces la tomarán conmigo.

—Tengo una idea. Mañana te la explicaré. Voy a escarbarme el seso.

Eso de escarbar me recuerda la faena que me espera. Solamente la idea de tener que comprar una pala y un pico, me da escalofríos. Prefiero ir a dormir.

Me deslizo en la cama. Mi leona tampoco duerme, pero no estamos para charlas ni mimos. Ha pasado apenas un cuarto de hora y sigo sin concebir el sueño.

Oigo un crujido al final del pasillo. En el campo, los roedores se dedican a pequeñas tareas nocturnas.

Pero el ruido no lo hace un ratón. Rechina un gozne de puerta y es una pisada humana la que hace chirriar las tablas del pasillo.

Salto de la cama y, en pijama, irrumpo en el corredor.

No tengo tiempo de alcanzar el interruptor. Un choque repentino y experto en plena nuca, desencadena fuegos artificiales bajo mi cuero cabelludo.

Doblo las rodillas y me zambullo en compacta nube negra.

Capítulo IV

Habré permanecido apenas un par de minutos en la nube y, cuando me recobro, me levanto y logro encender. Estoy solo en el corredor.

Voy recto a la puerta de Lucas. Si no dormía, tuvo que oír algo. Repico con creciente ritmo sobre la madera y la estropajosa voz de mi durmiente hermano protesta:

—No hay modo de dormir en este antro. ¿Qué te pasa ahora?

Giro el pomo, pero la puerta resiste.

—¿Te has encerrado?

—A ver qué vida…

—¿Pudiste levantarte entonces?

—A la pata coja.

—¿No oíste ruidos?

—Dormía, dormía, hasta que se te ocurrió tocar el tambor. ¿Pasa algo?

—Nada. Buenas noches.

—¡Ay, Dios! No pasa nada, pero vienes a molestarme. Vaya cuadra.

Me acerco al cuarto de Vivianne. No hay error posible. Yo dejé cerrada. Han hurgado con algún garfio y el batiente está entreabierto.

Entro y enciendo. Nada parece haber sido registrado. La chiquilla, petrificada por la muerte, tiene una vaga sonrisa que le concede una serenidad un poco burlona.

En su muñeca sigue el brazalete de pacotilla.

Apago y abandono el cuarto. Pese a tener el cráneo dolorido puedo razonar. Hurgar un cerrojo fue una antigua especialidad de Fred, y aunque sus manos sean zarpas, es hábil en trabajitos de precisión. Además, es también el único de la casa capaz de dosificar

un trompazo a lo profesional. Para enviarme a la lona, por la cuenta, pero sin estropicio.

Voy a su habitación. Llamo sin obtener respuesta. Él no se encierra. Inspecciono encendiendo la luz. No está. Voy a dar media vuelta cuando una mancha verde me llama la atención.

Sobre la silla, medio disimulada por un jersey negro de Fred, está la sandalia que le faltaba a Vivianne cuando le tendí en su cama.

Cuando regreso a mi alcoba, no encuentro a Leo. Eso ya me calienta:

—¡Ya estoy hasta la coronilla de la gente que se pasa la noche jugando a sonámbulos! —Y me dirijo de nuevo a la puerta.

Abre ella desde fuera y, entrando, afirma con severidad:

—Es peligroso hablar solo, Jo. Y si gritas hablándote, aún peor.

—¿De dónde vienes?

—De la cocina. Debiste despertarme al levantarte. Tenía sed. Bajé a beber.

Por su aliento advierto que no se ha refrescado con agua mineral.

—Lo que faltaba. Que empezases a soplarte vino también por la noche…

Acostándose me vuelve la espalda y, roncamente, se justifica:

—Me impresiona saber que la chica está cerca. No lo puedo remediar. Es mi sensibilidad femenina.

Prefiero no entrar en discusiones, ni hablarle de las recientes incidencias. Tengo que reflexionar sobre el descubrimiento hecho en el cuarto de Fred.

¿Por qué tuvo que irse tras visitar el cuarto de Vivianne? ¿Qué pudo descubrir que no vimos ni Luc y yo? ¿Una prueba o indicio que estimó necesario y urgente ir a esconder lejos?

Me duermo sin haber hallado respuesta y preguntándome si mañana seguirá Fred en el rancho.

Pues sí. Allí estaba silbando alegremente en el patio. Me visto y calzo en menos de diez minutos. Fred está reparando una cerca.

Viéndome llegar toca el ala de su sombrero de anchas alas.

—¿Qué tal está, patrón?

Parece tranquilo, casi contento por cuanto pueda leerse en su hocico de orangután. Le miro con fijeza, palpándome

significativamente el cogote.

—Podría ir mejor, si esta noche un hijo de mula no hubiese empleado mi cabeza como «*punching*-bol».

—¿Qué le pasó? ¿Tuvo algún tropiezo?

Me parece que sus ojillos ríen.

—Escucha, Fred, procura no hacerte el tunante conmigo. De los dos, el menos bruto soy yo. La clase de pinaza que encajó llevaba tu marca de fábrica.

—¿Cómo, qué? No pensará usted que yo me atreviese…

—¿Dónde pasaste la noche?

—Pues, en la cama, patrón. Es lo normal, ¿no?

—Lo que es menos normal es que fui a verte dormir y no estabas en tu cama.

—Bueno, puede que saliese a fumar un pitillo. Hay ratos en que tengo insomnio. Debí dar un paseíto.

—¿Me tomas por un pollino?

—Oiga… Le veo muy nervioso esta mañana, señor Fabri.

—Lo estoy. Entró en tu cuarto y encontré una sandalia de Vivianne.

—No lo niego. La encontré anoche, a un lado de la escalera.

Otra vez es culpa de mi hermano, que no se dio cuenta al transportarla que perdía una sandalia.

—Lo que me sorprende es tu actitud. La chiquilla desaparece. Tú encuentras una de sus sandalias, la recoges, y ni siquiera me avisas.

—No quise molestarle, por sí estaba durmiendo.

Mienta asquerosamente mal. Fue un peleador que se fajaba de firme, pero no está dotado para bregar en un interrogatorio inteligente.

—Voy a decirte lo que pasó, Fred. Encuentras la sandalia, y vas al cuarto de Vivianne a verla. Pero la puerta está cerrada. La abres con una ganzúa de tu fabricación, Sales del cuarto y viéndome aparecer en el corredor, impides que encienda la luz, atizándome un castañazo. Así fue.

—Bueno, si se empeña en saber mejor que yo mismo lo que yo hice, ¿qué le voy a hacer? Y vaya folletín que me está contando. ¿Qué iría yo a hacer en el cuarto de la cabra ésa? ¿Ha vuelto ya?

Sigue haciéndose el idiota. Me gustaría hincarle el puño en pleno hocico, si no temiese una réplica bestial. Me interesa

conservar mi nariz griega y la totalidad de mis dientes.

Tengo que seguirle el juego.

—No regresó, Fred, pero la encontramos… muerta.

—Tan joven. No somos nada. En fin, es la vida.

—La encontramos en el bosque. La trasladamos a su cuarto.

—Y ahora, ¿qué piensa hacer?

—Pensé avisar a los gendarmes. Pero reflexioné. La pobrecilla no murió de un resfriado. Y si la policía se entremete, habrá una serie de preguntas. Si la chiquilla contó a alguien vuestra pelea en la cuadra, automáticamente pasas a encabezar la lista de beneficiarios de las atenciones da los señores de la bofia. ¿Te das cuenta?

Oscila la cabezota y alza la vista hacia una de las ventanas del primer piso. Precisamente la del cuarto donde tengo oculto a mi hermano. Y me dedica un guiño.

—Es usted muy bueno por tomarse tantas molestias por mí, patrón.

—También pienso en el buen nombre de mi rancho.

Esta clase de publicidad no es la más apropiada.

—Lo comprendo. Pero respecto a la muerta, ¿qué ha decidido hacer con ella?

—Te lo diré esta noche. Debo ir a Saint-Guy y, cuando vuelva, tal vez puedas echarme una mano.

—Con tal de serle útil, ya sabe dónde me tiene, patrón.

No falla. La está gozando.

—Lo tendré en cuenta, Fred. Anda, pásale el trapo al coche. Voy a salir lo antes posible.

Paso a la cocina. Leo sigue sin bajar. Me preparo café fuerte, y le subo un tazón a mi hermano que, tras repicar, se decide a abrirme.

Tiene mal aspecto. Tez amarilla y ojeras, pero su tobillo se ha deshinchado. Mientras sorbe café, le explico lo sucedido por la noche, y mi reciente interrogatorio del ex pugilista Fred.

—Sigue contando tus secretitos —gruñe irritado— y vamos a aparecer todos retratados en primera plana.

—Tal como iban las cosas, era lógico que le hablase a Fred como lo hice:

—¡Vaya talento que tuve al venir a esconderme en tu rancho de pacotilla! Vaya racha más negra de calamidades. Tu establecimiento

deberías llamarlo Rancho Calamidades. Si que tuve pupila al venir a tu casa…

—Nadie te obligaba, hermano. Podíamos esperar la Nochebuena para la reunión familiar. Me largo. Tengo prisa.

Minutos después, al volante de mi 2 CV, traqueteo hacia Saint-Guy. Y en la ciudad, voy recto a la principal ferretería. Elijo pronto. Una pala recia, y un pico sólido.

Mientras el empleado embala la compra, miro hacia la calle. Y lo que veo me produce palpitaciones en el bulto del pescuezo.

En la acera, nariz pegada al escaparate vitrina, están contemplándome hace un buen rato los distinguidos amigos de mi hermano: Marco y Bruno.

No creo mucho en las casualidades. Si están allí, es que me acechaban el rancho y me siguieron.

Recojo mi paquete y salgo. Apenas piso la acera, ya tengo escolta. Uno a cada lado, y Marco me saluda:

—Hola, Bronco Kid. ¿Utensilios para jugar al perfecto jardinerito casero?

—A menos que no sea para jugar al sepulturero discreto —sugiere Bruno.

—Vas a acompañarnos. Tenemos que hablar seriamente —propone Marco.

—Y tómalo con calma, porque tienes todas las de perder, Jojo.

Presumen, pero los advierto nerviosos, inquietos, igual que yo. Deslizan de soslayo miradas desconfiadas. A derecha e izquierda. Me conducen por el codo, como si fuera yo un ciego.

Recorremos tres manzanas y se detienen ante la entrada de un bar que tiene la anchura de una cabina telefónica. Invita Marco:

—Adelante.

Hemos de bajar tres peldaños para penetrar en la sala estrecha, oscura y desierta. No hay ventanas. Dos farolas marineras antiviento dan una luz mortecina.

Tras el mostrador de cobre rojo, una jamona repintada y de cabellos malva, se pincela laca rosa en las garras.

Es la clásica tasca de trabajo nocturno para marinos en escala. Mis acompañantes deben ser clientes respetados, porque le basta a Bruno alzar un índice, y la camarera, entra en ebullición.

Ceñida en raso negro, coloca champaña y copas sobre la

minúscula mesa, cierra la puerta, y se eclipsa tras un pesado cortinaje.

He dejado mi paquete en una banqueta, mientras Bruno descorcha el espumoso. La tentación de abatir mi pico para estrenarlo sobre la cabeza de ambos rufianes, se quedó en ensueño.

No me perdían de vista. Marco me señaló donde dejar el paquete.

Ahora me indica otra banqueta. Me siento. A mi lado se instala Bruno y enfrente Marco que especifica:

—Primero, piensa que no te deseamos ningún daño, pero no te vamos a repetir catorce veces lo mismo. Te lo diremos ahora, y una sola vez. El tiempo en nuestro caso es más que oro. Es puro platino.

—Y ya hemos perdido demasiado tiempo y saliva —afirma Bruno.

—Bruno y yo hemos reflexionado. Si tuviste una discusión con tu hermano y la cosa acabó mal, nos tiene sin cuidado. Los asuntos de familia incumben a la familia. Pero nosotros no vamos a pagar el pato. La piel de Luc es tuya. Pero el resto, nuestro. Podemos hacer un trato.

—Os repito que Luc durmió una noche en mi rancho y se marchó como vino. Si creéis que yo sea capaz de tocarle ni siquiera un cabello a mi hermano, es que tenéis la mollera rajada y pantanosa.

—Cuidado con los piropos —rechina Bruno. Es susceptible el chico.

—Déjale, por ahora. Fuimos a la cantina. Nadie vio marcharse a Luc.

—Tendrá sus razones para no ser visto. No estaba obligado a coger el autocar. Podía tener cita con alguien que pudo recogerle por los alrededores de mi rancho.

Por un instante dudan, intercambiando miradas; pero el más veterano barre las sospechas con su mano ensortijada:

—Luc no es hombre para perder la sensatez. Sabe muy bien que sin nosotros no puede hacer nada. Volvamos a tu rancho. En la cantina nos contaron algo. Y tú en cambio nos enredaste al pretender estar a solas en tu rancho con tu mujer y un mozo. ¿Y la chica que sirve? ¿Una tal Vivianne? ¿Dónde está? ¿Por qué no nos hablaste de ella? ¿Por qué no la hemos visto?

Me embrutece con su ráfaga de preguntas, y como tardo en contestar, Marco señala el embalaje de pico y pala. Insinúa afectuoso:

—Por casualidad, ¿no habría ocurrido una doble desgracia en tu rancho? ¿Una doble desgracia que necesite un hoyo grande y muchas paletadas de tierra para ocultarla en el olvido?

—No asimilo bien lo que quieres decir.

—Voy a hacerte un dibujo. Parece ser que la chica era de buen ver. Tú te aburres y le haces cucamonas. Todo normal. Llega tu hermano que es un brioso mujeriego. Se distrae un poco con la chica. Normal. Y es también normal, que tú los sorprendes a los dos, y te enfadas. Siempre sabemos cómo empiezan estas escenas, pero nunca podremos adivinar cómo terminan. Un poco de mal genio, y la sangre salpica la alfombra. ¿Comprendes?

Vamos progresando. Ahora son dos cadáveres los que se empeñan en colocarme a cuenta. No encuentro la frase adecuada. Me limito a menear la cabeza fastidiado.

El gordo está entusiasmado con su teoría. Prosigue:

—En este caso, naturalmente, el problema tiene mejor aspecto. Que se te haya subido la sangre a la cabeza y hayas hecho una escabechina, nosotros, mancos y tuertos. Apáñate, entiérrales donde te plazca, y cuentas con nuestra eterna discreción.

—Como ves, somos gente bien, nosotros. Nada chismosos —afirma Bruno.

—Lo único que nos interesa es lo que transportaba tu hermano. Era nuestro asociado. Y hemos de recuperar la mercancía. Al precio que sea. Por tanto, vas a decirnos amistosamente y por las buenas dónde has escondido la mercancía.

Sin quererlo, el talentudo imbécil acaba de darme una idea. No sé el resultado que dará, pero no tengo otra salida.

—Si creéis que hice una matanza en mi rancho, olvidadlo. Es una pifia. Ahora bien, que entre Luc y la chica pudo haber chispa de contacto, eso ya no es pensar gollerías. Y que ella decidiese abandonar el rancho, para marcharse con él, por una razón de mayor o menor peso, esto sí que no me extrañaría nada.

—¡«Madonacci»! —Impreca Bruno en su dialecto milanés—. ¡Siempre te dije que Luc, con las mujeres, es un primo de marca mayor!

—Calma. Deja hablar a Jo.

—Lo que posiblemente no os contaron en la cantina es que Vivi tenía un novio. Un crápula de poca monta, pero crápula.

—¿Y qué viene a pintar éste ahora?

—Hay dos soluciones. Vivi se fue con mi hermano y, al tropezar con el novio en cuestión, hubo follón. Una. O bien, la chica averiguó que Luc transportaba algo valioso, y en complicidad con su novio, atrajo a mi hermano a un cepo. Dos. Lo que siga… no soy fakir.

Esta vez los he dejado abrumados. Se han puesto soñadores. Aprovechamos la pausa para no dejar entibiar el champaña. Y Marco pregunta:

—¿Le conoces al nene?

—Le he atisbado un par de veces.

—¿Sabes dónde podemos saludarle?

—Transporta flores. Habita en el barrio viejo da Niza, calle Volavent. Todos le conocen por Zezé. Y más que florista, es un truhan.

—Si es cómo crees, le palparemos las costillas a tu truhan.

—Pero si nos has enviado a perder el tiempo, vigila tus costillas —me previene Bruno.

—Hemos abusado bastante de tu compañía, Jo. Puedes seguir ocupándote de tus menesteres.

Abandono la banqueta y recojo mi fardo. Bruno siempre desconfiado, gruñe:

—De todos modos, tus herramientas no son para plantar rábanos.

—Son para mi mozo de establo. Debe trazar una pista para mis pencos. Menea la cabeza, casi convencido. Me dejan libre. Renuevo contacto con la calle, el aire y el sol. Suspiro aliviado.

No será más que un aplazamiento de ajuste de cuentas, pero siempre es algo impepinable que mientras hay vida hay esperanza.

CAPÍTULO V

Voy pocas veces a la costa, pero cuando voy, paso el día a lo zángano. Además, el trabajo pendiente era nocturno.

Y la noche envolvía mi rancho cuando llegué. Ni rastro de luz. Era siniestro aquel caserón tenebroso. Como deshabitado.

Entré en tromba, encendiendo luces. Ninguna huella de desorden, pero el vacío es absoluto. Troto por el corredor cuando oigo extraños redobles acompasados y tétricos.

—¡Leonora! —vocifero.

Los redobles me orientan. Son golpes aplicados sobre una puerta, desde dentro. El gran armario donde conservamos botas y ropa de equitación.

—¡Jojo, ábreme, soy yo, Jojo! ¡Estoy encerrada en el armario!

—Ya me he enterado. Voy.

—Pero para abrir necesito la llave. No está en la cerradura. Ni a la vista.

—¡Ábreme, Jo! ¡Me asfixio aquí dentro!

—Un momento. Apártate.

Tomo carrerilla, empleando el hombro como ariete. Al tercer intento, la puerta bailotea sobre sus goznes, y la remato a patadones.

Leo surge desmelenada y se precipita en mis brazos. Está al borde del ataque histérico. Tartajea:

—Oh, Jo, creí que nunca… volverías… Hace horas que estoy enjaulada… Creí morirme de miedo… Tardabas tanto… Pensé que te había sucedido algo… Oh, Jo, me voy a desmayar.

—Aguarda un poco primero. ¿Qué pasó? ¿Quién te enjauló?

Cesa de ser la débil mujercita. Su rostro adquiere maldad.

—Ah, si lo supiera… A media tarde, oigo ruido por el vestíbulo.

Yo estaba haciendo la siesta. Bajé, y cuando recuperé el conocimiento, estaba encerrada en este armario. Me habían dado un matracazo. Quise echar la puerta abajo. Imposible. ¡Ay, mi cabeza!

Le palpo el cráneo delicadamente, sin hallar chichón entre la masa de su melena, pero se pone otra vez a gemir:

—Déjame, déjame, que me haces daño.

—Sóplate un tónico para calmarte —y me precipito escaleras arriba.

Pareció más miedo que daño, pero a lo mejor ha sido al revés para mi hermano. Llego a la puerta, y giro la manija inútilmente. Cerrada. Y desde dentro, muge mi hermano:

—¡Cuidado, imprudentes! ¡Disparo!

Salto a un lado, aullando:

—¡Ojo con las memeces, Luc! Soy yo, caray.

—Pudiste decirlo antes, ¿no?

Le oigo acercarse y descorrer el cerrojo. Empuña una automática. Protesto:

—¿Te has vuelto majareta o qué?

—Sí, sí, después de lo que ha pasado aquí… ¿Viste a Leo?

—Dentro de un armario donde la encerraron luego que le dieron un matracazo. No sabe quién.

Suspira aliviado y afirma:

—Si solamente recibió torta y no candela, estuvo de suerte.

—Ah… Por qué te parece afortunada.

—Claro. Esperaba algo peor. Me figuré que era ella la que había encajado el contenido del cargador. Cinco estampidos. De un solo cargador.

—¿Sin respuesta?

—Sin respuesta. Estaba tendido leyendo un novelucho interesante, cuando oí el granizo de la candela. Me preparé, suponiendo que la segunda tanda iban a dedicármela. Porque oía pasos por la escalera. Y alguien desfiló ante mi puerta sin pararse. Después, silencio total. Reinó la calma. Pero, ya puedes suponerte la mala tarde que he pasado.

—¿Y no saliste? ¿No fuiste a ver lo que ocurrió? ¿No te preguntaste si Leo podía necesitar tus auxilios?

—Apenas puedo aguantarme en pie con este tobillo flojo. Además, podía haber fulanos esperándome escondidos, con malas

intenciones.

—Lucas Fabri… Te consideraba simplemente un frescales, un egoísta, un cantamañanas y un sinvergüenza, pero no un cobarde. A partir de ahora, puedes quedarte si quieres, pero te retiro mi afecto y mi estimación. Tú y yo ya no somos hermanos.

—No seas capullo, hombre.

Me dirijo a la habitación de la difunta. Sigue allí, rígida y helada. Con la misma sonrisita. Pero algo falta. El brazalete de pacotilla ha desaparecido de su muñeca.

A mi espalda, critica Luc:

—¿Qué te figurabas? ¿Qué iban a perder el tiempo acribillándola?

El que la visitó se ha llevado el brazalete.

—Valiente desgraciado. No entendía ni papa en metales preciosos.

Me extraña de pronto la ausencia de Fred. No hay luz en su cubil. Bajo y atravieso el patio, yendo al pesebre que le sirve de taller. No está. De la caballeriza surgen relinchos de pánico. Los animales me han oído y a su modo me llaman. Irrumpo en tromba.

En sus reservados, los cuadrúpedos tiran de su amarra, repican de cascos, furiosos, cocean y arman un estrépito de mil diablos.

Por un instante he temido que un alma buena hubiera prendido fuego a la paja o al forraje. Pero no hay llamita ni humo.

Lo que enerva a mis nobles brutos es otra cosa.

Entre dos compartimentos, percibo la mancha roja del jersey de Fred. Yace de narices sobre la alfalfa. Lo vuelvo boca arriba y me entra un temblor nervioso por todo el cuerpo.

La lana del jersey, chamuscada, rezuma sangre en chapas coaguladas. El diagnóstico es fácil.

El pecho del pobre muchacho es una coladera. Invoco al techo:

—¡Cristo! ¿Qué habré hecho yo para que lluevan tantas calamidades sobre mí?

Me pregunto en qué terrible engranaje ha podido meter la mano este pobre muchacho para terminar así. Un pelele desarticulado, convertido en espumadera, por cuyos orificios se le fue toda la sangre.

Pese a su aspecto de orangután era un buen chico, a su estilo. No merecía este final. Lo voy arrastrando por los tobillos, apartándole

de los compartimientos, para que se calmen los inquilinos.

Regreso a la casa. En el bar, Leo y Luc beben un tónico. Les explico la novedad. Leo parece trastornada. Luc ni se asombra. Lo explica:

—Era lógico. No tengo alucinaciones. Los petardeos que oí, era natural que alguien los había encajado.

—¿Disparos? —se asombra mi leona—. Pero ¡no, no oí nada!

—Es lógico. Estarías en el limbo dentro del armario.

—¿Estás seguro que no podemos hacer nada por él? —me pregunta Leo.

—Nada.

Se dirige a las cuadras y la sigo. No le sentará bien la visión. Mira el difunto, lanza un gritito, y la sostengo en pie asida de los sobacos.

Luc, renqueando, se asoma y comenta:

—Le dieron una ración bestial.

Llevo a Leo fuera para que el aire la reanime. Seguido de Luc vamos hacia la veranda. Empieza a hacer fresco. El mistral sopla por rachas y levanta torbellinos de polvo, de aserrín y hojas muertas.

En torno, el bosque de pinos gime lúgubremente.

Los tres nos dejamos caer en las mecedoras. Estoy hecho cisco. Leo dice:

—Hay que hacer algo, Jo.

—Lo que hace tiempo debí hacer, apenas encontramos a Vivianne. Avisar a los gendarmes.

—¿Avisar a los guindillas? —protesta mi hermano mayor—. ¿Y yo, qué?

Ha elegido un mal momento. Salto del sillón y le enseño el puño.

—Cierra la boca, Lucas. Me tienes harto. Ya te dije lo que pensaba de ti. Si no te gusta lo que voy hacer, te sobra tiempo para largarte con buen viento. Yo voy a cumplir con mi deber.

—Cálmate, Jo —ruega Leo.

—Nadie puede reprocharme nada. Moralmente soy un ciudadano respetable, y lo saben en toda la comarca. La policía me echará una bronca, pero al final, se darán cuenta. Y prefiero entendérmelas con policías que con fantasmas. Sobre todo con

fantasmas que reparten plomo. Voy a telefonear a la gendarmería.

Penetro en el saloon y empuño el aparato. Vocifero:

—¡«Porca miseria»! Las diez de últimas.

Han arrancado cables y conexiones. El rancho está incomunicado. Regreso a la veranda y me duelen los párpados de tanto desorbitarme.

—¿Cambiaste de opinión? —comenta Leo.

—Eres inteligente —aprueba Luc—. Sólo los idiotas no cambian de idea.

—A la fuerza, ahorcan. El que vino a darte matraca y liquidar a Fred, juzgó conveniente anular la línea telefónica. Pero voy a ir a la cantina.

—Ya les conoces. Cuando cierran, no abren ni para darle agua a un moribundo.

—Espera a mañana —sugiere Luc— y así podrás reflexionar.

—Ya está reflexionando. Voy a avisar a los gendarmes.

Cierro la cremallera de mi canadiense, me hundo el sombrero tejano hasta las orejas, y voy al patio. Las llaves siguen en el contacto. Agarro el volante y doy giro a la llave. El motor tiene la misma reacción que si lo acariciasen con una pluma. Me obstino y nada positivo.

Bajo a abrir el capó para ver qué pasa. Lo veo. Como el teléfono. Me han destrozado los cables de conexión. Mi cacharro está inválido. Y tengo la impresión que mi seso hierve.

Regreso a la veranda, donde esposa y hermano me miran sorprendidos.

—¡El colmo! También han saboteado el coche.

Leo empieza a mostrar señales de pánico. En cuanto a Luc, menea la cabeza, como un cliente benévolo ante un camarero torpe. Les miro alternativamente con cierta desconfianza:

—Por el teléfono, conformes. Puede suponerse que lo estropearon esta tarde. Pero concerniente a mi cacharro, alto, un minuto. Lo han saboteado después de mi regreso. Y comienzo a sospechar que es la misma y única mano la que efectuó los dos estropicios. ¿Qué me contestáis, eh? Tú principalmente, hermano.

—Te contesto que sé lo mismo que tú. Nada.

Leo viene a refugiarse a mi lado. Tiembla y no es comedia. Gime:

—Tengo miedo, Jo. Siempre lo supe… Lo sabía que esta casa nos traería mala suerte.

—Aquí no se trata de amuletos ni de gafes.

—Pero es atroz pensar que hay ahora alguien que nos acecha, que espera el momento apropiado para…

Restallan cuatro detonaciones en el patio.

En el mismo segundo, Luc ya está empalmando su petardo, mientras mi pelirroja dando hipos de terror, trata de esconderse dentro de mi pecho. La empujo y le quito la automática a Luc. Salgo en tromba describiendo un zigzag para esquivar el peligroso rectángulo luminoso de la puerta.

De nuevo estallan una serie de estampidos y los nervios me vibran como cuerdas de violín.

Hasta que localizo el origen del estrépito. Una persiana exterior del saloon que, al ritmo de las ráfagas del viento, golpea la pared con fuerza. Corro a sujetarla en su engarce y regreso a la veranda.

Luc, derrengado en su sillón, se esponja la transpiración del cráneo. Les explico el error auditivo. Y Luc, anonadado, se lamenta:

—Qué peste de barraca… ¿Cómo se me ocurriría chapuzarme de cabeza en este manicomio siniestro?

—Mejor, que te calles, hermano. Gracias a ti no puedo dar un paso sin toparme con tus dos socios. Esta misma mañana me vieron comprar estas puercas herramientas, y empezaron a sacar deducciones. Para librarme de ellos, los envié al domicilio de Zezé.

—Pero ¿has perdido el juicio? —chilla Leo—. Ya mezclas a otro más en este espantoso lío. ¿Qué conseguiste con ello?

—Quitármelos de encima. Les dije que Vivianne y Zezé podían haber atraído a una trampa a mi hermano y me creyeron.

—Tantas bobadas traerán desgracia. Si los dos buscan a Luc para tener una explicación, te guste o no, tendrá que asomarse tu hermano. Bueno, no sé el tejemaneje que os traéis los dos, y allá vosotros. Pero, mientras, ¿qué hacemos con Fred y Vivianne?

—Mañana, apenas abran la cantina, iré a telefonear a los gendarmes.

—Los gendarmes, los gendarmes… Ya es una manía, hermano. No sabes lo que te espera, muchacho. Si solamente fuesen los guindillas, pase. Pero verás el desfile. Periodistas, fotógrafos y publicidad a todo pasto. Poniendo las cosas en plan optimista, y

suponiendo que no aterrices de barriga en presidio, prepárate a cerrar el negocio. Adiós rancho.

Leonora expone con su lógica aplastante:

—Puesto que estabas de acuerdo en hacer el trabajo para tino… ya da lo mismo, hacerlo para dos. Lo importante es que tu conciencia nada te reprocha.

—Puesto a abrir un hoyo, hazlo un poco más ancho —sugiere Luc.

—¡Pero, maldito sea…! ¿Por quién me tomáis? ¿Por el sepulturero del municipio?

—Vamos a suponer que estuvieras en un desierto —insinúa Luc —. ¿No sería tu deber moral darles tierra a los dos?

—¡No estamos en un desierto! ¡Estamos en el departamento del Mar, sur de Francia, nación civilizada! Y por aquí, cuando desaparecen las personas, la gente hace indagaciones.

—Pensarán que se fueron juntos, ella y él. Nadie se extrañará —dice Leo—. Agotado, esgrimo una razón de peso:

—Los dos sois muy convincentes. Pero Fred, con sus noventa kilos refrigerados, ¿serás tú, Luc, con tu pata coja, él que me ayudará a transportarlo?

—Hay una carretilla —expone Leo.

—Ahora ya no me tomo ni la molestia de contestar. Estoy vencido, convencido y resignado a todo. Solicito:

—Dadme un trago. Lo necesito.

Minutos después desembalo pala y pico. Luc aconseja:

—Busca un rincón ni demasiado lejos ni demasiado cerca. A ser posible tierra blanda. Primero abres el hoyo. Luego vienes a buscar…

—Ya sé, ya sé. ¿Me acompañas?

—Lo haría con sumo placer, pero mi tobillo…

—Déjale que se quede conmigo. Sola, me moriría de miedo.

Me dirijo al bosque con el instrumental al hombro. Sopla el viento, los pinos aúllan y a instantes, un seco crujido anuncia la caída de una rama muerta.

Estupenda decoración para un film de angustia y terror. La luna ilumina y así me evitaré llamar la atención con una linterna.

Calculo haberme internado lo bastante y tanteo con el pico, hasta encontrar el rincón ideal. Con la pala siego los hierbajos en un

ancho de dos metros.

Y ataco el terreno a picotazo limpio. Vaya faena. Peor de lo que me imaginé. Pese al frío y la humedad, sudo como un polio en horno. Me quito la canadiense. Luego la camisa.

Mis riñones empiezan a protestar. No es lo mismo montar a caballo para mantenerse en forma que dedicarse a abrir zanjas.

En torno, el bosque continúa con sus alaridos, gemidos y crujidos. Arrancadas por el viento, las piñas bombardean los matorrales. A instantes, oigo corretear animales. Primero, me sobresaltaron. Acabo por acostumbrarme y no respingo.

Y con tanto ruido no percibo nada anormal, hasta que bruscamente, sobre mi hombro se abate una mano.

Suelto el pico y doy un salto de carpa, a la vez que me vuelvo.

Marco y Bruno ríen silenciosamente.

Una visión de pesadilla. Ríen de un modo escalofriante. Como si fuesen a llorar.

Sacudo la cabeza. Debe ser una alucinación. Pero no lo es. Oigo la voz de Marco:

—¿Qué tal avanza la labor, sepulturero?

Desnivelado en la fosa, no halló sílabas. Bruno contesta por mí:

—Ya lo ves. Es un fenómeno de actividad este amortajador. Le prepara la camita a su hermano.

Me mide de pies a cabeza, con ojeada de fabricante de ataúdes. Es un asesino. Le adivino la idea. Sacará su petardo, vaciándomelo en el cuerpo. Y le bastará empujarme con el pie, echar unas paletadas de tierra y asunto concluido.

Lo siento por mi hermano. Ahora se trata de mi piel.

—No maté a Luc, palabra que no. La prueba… si tanto os interesa verle… es que está en casa… en el rancho… tan vivo como yo…

—Por lo que te concierne no te hagas demasiadas ilusiones. Te crees vivo, y no sé por qué, te veo dentro de una fosa —declara Marco con entonación lúgubre.

—Fuimos a Niza a visitar a tu truhan. Lleva dos días y noches sin aparecer por ahí. Y ahora nos sales con que tu hermanito está en casa.

—¡Está, está!

—Entonces, ¿para quién es este hoyuelo tan lindo?

Me limpio el sudor con el dorso de la mano.

—¿Para quién? —rechina Bruno.

—Vosotros tenéis vuestros asuntos, y yo los míos. Hablad con Luc. En cuanto a mí, hacedme un favor. Olvidadme. No os he visto. No me habéis visto.

—No te fatigues tanto —aconseja Marco—. Deja las herramientas y ven con nosotros.

Comprendo que no vale la pena insistir. Tal como van las cosas, llegará el momento en que será preciso echar los cadáveres sobre la mesa.

Revisto camisa y canadiense. Y en silencio vamos hacia la casa. Me imagino la cara que pondrá Luc al vernos. Me imagino con un tercer cadáver sobre los lomos.

No hay luz en la veranda. Han debido acampar en el saloon. Entro el primero, pero seguido muy de cerca por los otros dos.

Al verlos, el semblante de mi hermano se torna ceniciento. Amaga un gesto hacia su cinto, pero renuncia. Respiro mejor. Hemos evitado la carnicería por pelos.

Los dos visitantes van recto a flanquear a mi hermano. Dice Bruno:

—Conque jugando al indio bravo con nosotros, ¿eh? Entre amigos es de muy mal gusto jugar al escondite.

—Os voy a explicar… Os lo explico todo —balbucea Luc.

—Eres el principal interesado —asegura Marco—. ¿Dónde está la quincalla?

—Podríamos discutir la cosa a solas, creo yo —sugiere mi hermano.

—Inútil. Esta pareja de tórtolos, si no están ya al corriente, lo sabrán todo mañana, por la Prensa y radio.

Despliega un periódico y lo coloca sobre la mesa:

—Última edición del «Faro de Niza». Noticias frescas.

Leo, Luc y yo nos inclinamos a leer el gran titular:

LOS LADRONES DE LAS JOYAS DE MARIKA GARLAN, DESENMASCARADOS

Debajo, las fotos de Marco y Bruno. El gordo Richard Marco y Bruno Rejac tienen historial de peligrosos maleantes. Leo el artículo. Una criada de la cantante, a la cual conquistaron Marco y Bruno, se vio apremiada por la policía, y chivó los nombres. Ambos

son activamente buscados, al igual que un tercer hombre.

Cuya identidad andan averiguando ya que la criada desconocía su existencia. Yo no. Es mi hermanito el tercer bandido.

Resume Marco la situación:

—Y ahora estamos en pepitoria. Nos han cerrado las fronteras. Y todo por tu culpa, Luc. Si no hubieras querido estafarnos, jugando a la gallinita ciega con nosotros, ya estaríamos en Suiza o Italia con el fruto de nuestras fatiguitas.

—Nunca tuve intención de estafaros. He sido víctima de la mala racha. Dejadme explicar cómo empezó la cosa…

Desembucha todo. Sin omitir él hallazgo de Vivianne agonizante y de Fred, acribillado.

Frigorífica la mirada, sus dos socios le escuchan. Pero Luc es tan sincero que resalta no está inventando nada. Y Marco al final, reprocha:

—Cretino del demonio… En vez de esconderte como un conejo, ¿no pudiste informarnos inmediatamente?

—Estaba seguro que no me creeríais. Pensé que si podía recuperar la mercancía…

—Pensaste, pensaste —ataja Marco—. Lo cierto es que te entró miedo. Porque sabías que tenías que darnos cuentas, demostrando que te dejaste timar como un primo burgués. Y esto es imperdonable.

De pronto me mira duramente y le pregunta a mi hermano:

—¿Tienes confianza en él?

—Es mi hermano —bala Luc.

—Esto no demuestra nada.

Protesto:

—Alto, y no es que quiera ofender a nadie, pero yo no como pan de esta harina. Soy un primo burgués, como decís vosotros. Es decir, me gano la vida trabajando. Os parecerá idiota, pero es así. Me gusta abrir el periódico sin tener canguelo, porque estoy seguro que no veré mi retrato.

—¿Sí, eh? —sonríe Marco—. ¿Qué te parece una foto tuya con pico y pala, abriendo la fosa? Vamos al grano. Bruno y yo nos vamos a alojar en tu rancho. Alégrate, hombre. No tenías clientela. Ya tienes dos huéspedes.

—Ni hay peros ni membrillos que valgan. Primero, por si existe

una sola probabilidad de que la mercancía esté aquí, pasaremos la criba. Segundo, dada la popularidad no nos entusiasma asomarnos al mundanal ruido. No me gusta la campiña, pero hay momentos en que una cura de aire libre es saludable.

No cabe protestar. Marco añade:

—Hoy por mí, mañana por ti, Fabri Jojo. Vete a terminar tu trabajo. Por si acaso, por si se te ocurriera alguna mala idea, como por ejemplo largarte a dar aviso, te acompañará Bruno.

Fue una noche verdaderamente macabra.

CAPÍTULO VI

Creo ser el primero en levantarme. Recojo el periódico. Hablan del robo de joyas, pero sigue el incógnito sobre el tercer ladrón.

Llegan los dos ladrones reconocidos. Me arrancan la Prensa. Resume Marco:

—Mientras no descubran la identidad del socio Luc, aquí estamos seguros. Confecciona un cartel que diga: «Cerrado por reparaciones» o lo que sea. Lo que me interesa es que diga «Cerrado».

—Lo haré. Pero hay clientes que pese al cartel, vendrán. Mis vecinos. Ya lo visteis.

—¿La morena como un tocino y un esqueleto y cara ratón? Bien, cuando se aproximen, nos encerramos. Sin perderte de vista, aunque no harás imprudencias. Eres hombre. No querrás que pague tus culpas tu mujer o tu hermano.

—No, claro que no. Pero puede haber chivatazo por otro lado. Recordad las visitas a la cantina. Os vieron.

—De paso.

—Pero hay más. Vivianne iba allá con frecuencia. También Fred.

—Comprendo. Y si no van, habrá preguntas. Vas a ir. Te quejas de que Fred te ha plantado para irse con la chica. No tardes mucho.

Colgué el cartel de «Cerrado por reformas», y fui caminando hacia la cantina. Dos camioneros desayunando. Y otros dos clientes en una mesa del fondo.

Zezé. Charlando con uno de los criados orientales de «Villa Dora», la residencia de la argelina.

Al mostrador, Irma la camarera, me saluda sonriente. El patrón, Cyprien, alcohólico, lee la Prensa, dando tientos a un vaso de tintorro. Para saludarme se lleva el dedo a la altura de la oreja.

No demuestran ni desconfianza ni curiosidad.

Tampoco Zezé. Se limita a dirigirme una mirada de antipatía. De la cocina surge Agnés, la esposa de Cyprien. Gorda y campechana.

—Hola, Jo. Nos decíamos precisamente mi hombre y yo si no había alguien enfermo en tu casa.

—¿Enfermo? ¿Por qué?

—Nos extrañaba no ver a Fred.

—Se fue. Se aburría y la idea de pasar el invierno en el rancho, no le entusiasmaba. Vino a recogerle un amigo en su coche. De todos modos, ya pensaba yo cerrar por algún tiempo. También Vivianne nos dejó…

Bruscamente estalla un temporal. Zezé se ha levantado, agarrando al oriental por las solapas y lo sacude, gritándole:

—¡Cerdo de conchinchino! ¡Atrévete a repetirlo! ¿Te atreves? No tardará en aplastar al indochino que no le llega ni a la tetilla. Pero no tiene tiempo.

El amarillo ha cogido a Zezé por una muñeca, sereno, como quien no quiere la cosa, lo voltea por encima de la mesa.

Lanzando un aullido de dolor, Zezé se aplasta contra el serrín. Cogiendo una matraca de nervio de buey, Cyprien comunica:

—Señores, tengan la bondad de romperse la crisma fuera de mi local.

Adivino complicaciones cuando Zezé se levante. Aviso al oriental:

—Cuidado. Lleva un pincho de muelles.

Pero la puerta se abre y entran dos gendarmes. Zezé, que se ha levantado, elige la libertad. Sacude sus rodilleras, echa una moneda sobre el mostrador y abandona el lugar.

Uno de los gendarmes saluda al patrón.

—¿Podemos hablar en privado?

—A ello.

Los lleva a la trastienda. El último gendarme cierra la puerta desde dentro.

El vietnamita se acerca y deja dinero sobre el mostrador. Uno de los camioneros le pregunta:

—¿Qué pudiste decirle para ponerlo tan furioso, Zezé?

El amarillo sonríe y silabea:

—Nervioso. Malos nervios —y sale de la cantina.

Sus ojos sesgados, protegidos por los párpados en rendija, me han deslizado una extraña ojeada. Indefinible. Con estos macacos, nunca se sabe si es que nacen con mirada de verdugo, o realmente odian a la raza blanca.

—Entonces, como me decías, también se fue Vivianne —reanuda Agnés.

—Eso es. El invierno es largo para vivir tan solitaria. Bueno, hasta pronto —y pagando mi café-coñac, abandono también la cantina.

La camioneta de Zezé está aparcada. Sin flores ni conductor. Aprieto el paso. No me agrada que ronde. Y me preocupa algo la entrevista privada de los dos gendarmes con el cantinero.

Aunque siempre tienen motivos de hablar con un cantinero. Papeles para firmar, pequeñas informaciones locales y chismes sin importancia.

Remonto la alameda de mi rancho y al llegar al patio central, veo el descapotable de Dora. Irrumpe en la veranda, pero solamente encuentro a Leo. De amazona calzón de montar, camisa de seda negra, y botas.

—¿Está aquí la señora Spira?

—No. Han venido solos el griego y el barón. Querían ejercitarse.

—¿Les diste monturas?

—Pues claro. El barón les puso las sillas. Monté a «Turco» y el griego escogió «Arabela» como siempre «Arabela» es una yegua con mucha cachaza.

—¿Y los inquilinos?

—Tu hermano siempre encerrado, y sus queridos amigos muy atareados registrando. El barón me preguntó por Fred. Aproveché para decirles que se había ido con Vivianne.

—Curioso que no haya venido la Spira.

—Según el griego, la africana está indispuesta. ¡Es tan delicada la grandísima… señora! El mistral la descompone. Le da dolorcitos de cabeza y le enrosca las fibras a la muy… sensible.

Prefiero ausentarme. Cuando Leo ataca el tema Dora Spira, los celos la hacen divagar. Subo a ver a Luc, pero en el corredor aparece Bruno y me lleva a la habitación que en vida ocupó Fred.

Marco está en medio de un desorden tempestuoso. Más que registrar parecen saquear. Gruñe Marco:

—Hay novedad, compadre. Echa un vistazo. Lo encontramos en la mesita de noche de tu mozo.

Me tiende dos fotos. La argelina Dora Spira en bikini de encajes y en monobikini.

—Está formidable la indina —comento—. No veo nada de particular en que esta mujer regale retratos.

—Ahora lee esto. En voz alta, ¿quieres?

Una cuartilla escrita con bolígrafo. Letra de mujer que escribe poco y aprisa. Leo en voz alta:

> «Fred, mi querido salvaje: Te envío esta nota con Ngo, para que estés tranquilo. Las joyas fueron a sitio seguro y hago lo que puedo para liquidarlas al mejor precio posible. Es preferible que por ahora no vengas a “Villa Dora”. Hasta que te avise. Toda y siempre tuya, mi hermoso gorila».
>
> «D».

—«Villa Dora» es donde reside tu vecina la nativa de Argel —dice Marco.

—¿Y cómo se llama la beduina? —Quiere saber Bruno.

—Señora Spira. Dora Spira.

—Soy inculto, pero Dora siempre se escribe con una «D» —afirma Bruno. Me quedo turulato. Nunca pensé que Fred fuese capaz de birlarle el saco a mi hermano, y sobre todo, llevárselo a Dora.

Vaya con la argelina y sus grandes aires de dama… Además, es una ignorante. Su ortografía es desastrosa. Escribe, entre otras burradas, «jollas», «presto», «aora», «tulla» y «ermoso».

—¿Qué opinas, *sheriff*? —indaga Marco.

—Esto demuestra que no tengo nada que ver con el golpe. Allá vosotros.

—Vamos a hablarle dos palabras a tu marquesa.

—Tened en cuenta que no está sola. Aparte sus dos invitados permanentes, tiene tres criados.

—Gracias por el consejo. Pero los dos invitados están ahora galopando por la naturaleza, y en cuanto a los criados, los

meteremos en cintura. Si no tiene serrín en vea de seso, la africana se dará cuenta que no le interesa enfadarse con nosotros. Vamos allá.

A mitad del corredor, Luc, en pijama, interroga con la mirada. Dice Marco: Felicitaciones. Te encargamos una misión de confianza, y te dejas limpiar el alijo por un mozo de establo.

—¿Cómo? ¿Qué?

—Tu hermano te explicará. Pero a partir de ahora, por lo que se refiere a tu parte en el negocio, regístrate. Cero con cero. Y avisaremos a las amistades para que sepan la clase de borrico que eres. Nadie aceptará asociarse contigo ni para ir a robar gallinas.

Bajando las escaleras, Luc se defiende:

—No comprendo nada. Yo me porté decentemente. ¿Cómo podía adivinar que mi hermano regentaba una caverna de ladrones?

—Tu hermano y tú, tal para cual —asegura Marco—. Menos cerebro entre los dos que mi dedo gordo del pie. Quédate en el rancho, Luc. Quedó libre la plaza de recogedor de estiércol.

Y Marco le dirige ahora la palabra a mi mujer:

—Escúchame, flor de la pampa. Si los dos vienes antes que hayamos regresado, los retienes aquí, como sea, pero que no se vayan. Tú, Jo, enséñanos el camino más corto.

Están casi en la veranda. Los cojo del brazo:

—¡Atrás! ¡Vienen!

Corren a la cocina. Y mi hermano sube las escaleras con gran agilidad. El griego y el barón regresan. A pie. El flaco, más verde que nunca. El obeso, parece tener trabajo en transportarse.

Es imposible que hayan sido derribados los dos. El barón es un jinete de primera, y en cuanto a la yegua que montaba Gregor, es mi sillón apacible.

A mi lado, Leo susurra:

—Pero ¿qué les habrá pasado? Traen cara de funeral.

Entran los dos, facciones descompuestas. Jadeante y asustado, el naviero griego, tartajea:

—Es una infa…, infamia. Nos dispa… dispararon co… como co… conejos.

—Perdón —rectificó el aristócrata—. Fue a mí sobre quién dispararon.

—¿Cazadores? —pregunto.

—Que yo sepa, los cazadores normales no emplean pistolas.

—Una verda… verdadera anda… andanada… de ti… tiro a discre… discreción. Increíble que este… estemos vi… vivos.

—Mi estimado amigo, no exageremos. Alguien vació simplemente un cargador en mi dirección en un sendero del bosque. O bien tuve mucha suerte, o bien el tirador era muy torpe.

—¿Y mis caballos? —pregunto.

—El mío recibió un balazo en la cabeza. Se desplomó. Y «Arabela», asustada, se encabritó, desmontando a mi amigo.

—Tengo los glu… glúteos hechos papi… papilla. Vámonos, Basil. Tengo que acos… acostarme y llamar al médico.

Se aleja como un elefante con perdigones en salva sea la parte. El barón se inclina ante Leo y en el umbral, me dice:

—Lógicamente, todos los gastos corren de mi cargo, incluida la indemnización por su caballo. Extienda la factura a nombre de la señora Spira.

En el patio aparece «Arabela», a paso lento, yendo directa a la cuadra.

Y a mi espalda, apenas el descapotable se ha ido, gruñe Marco:

—Si estos dos payasos avisan a la policía, habrá indagaciones.

—Fue un caballo el que murió —dice Bruno—. La poli no se molestará en investigar. Atribuirán el incidente a cazadores torpes y exceso de imaginación de los que confunden escopeta con «Colt».

—Yo voy a por mí caballo muerto.

—Déjale tranquilo. Últimamente tienes verdadero furor apasionado por enterrar a quien sea. Ahora no nos conviene visitar a la africana. Vas a ir tú, Jo.

—¿Yo, por qué?

—Para rogarles no pregonen el asunto. Mala propaganda para tu rancho, dirás. A la gente le puede gustar jugar a vaqueros, pero se arrugarían si supieran que pegan tiros por tu comarca. Convénceles. De lo contrario nos veríamos obligados Bruno y yo, a ocuparnos del trío.

—Bueno. De acuerdo.

—Y de paso, te las compones para sacar a la marquesa al aire libre. Estaremos allí para razonar con ella.

—¿Cómo puedo sacarla de su casa, si no quiere? A lo mejor está en cama. El viento la enferma.

Leo ha ido a la cuadra a descinchar y aposentar la yegua.

Bruno me da un metido en las costillas.

—Te las arreglas como sea. Falla y le cuento a tu mujer que ayer estuviste toda la tarde con la africana.

—¡Ostras, qué embustero! —exclamo indignado.

—Lo es, pero tu mujer hará lo que todas las esposas. Me creerá a mí. Y por su cara, me hace el efecto que es de las que no perdonan los mariposeos conyugales.

Me resigno. Se las saben todas.

—Vamos. Haré lo que pueda.

Capítulo VII

El jardín es casi un parque de atracciones. Estatuas de fauno, de Diana cazadora y dioses del Olimpo, glorietas, surtidores y grutas.

La mansión es una obra maestra del mal gusto. Subo al porche que es una pérgola florida, y aparece uno de los tres indochinos que debe haberme visto llegar.

Saber cuál de los tres, es imposible. Ni que fueran trillizos. No sé si es el que volteó a Zezé.

Anatomía frágil en apariencia bajo la impecable chaqueta blanca, mirada huidiza, sonrisa permanente en los delgados labios crueles.

—Deseo ver a la señora Spira.

—No está.

—¿Y el barón Basil?

—¿No está?

—Vaya… Tampoco estará el señor Gregoropoulos.

—Sí está. Pero imposible verle. Acostado. Espera doctor. Señor barón fue buscarlo.

—Le era más fácil telefonearle.

—Telefoneó, pero doctor no poder venir pronto. Entonces señor barón ir buscar otro.

—¿Eras tú el que estaba hace poco en la cantina de camioneros?

Me desliza una mirada de gato. Imito una llave de yudo para que me entienda mejor. Parece pensar que no estoy en mis cabales. Emite una risa aguda y puntualiza:

—Yo, esta mañana, no salir. Yo, nunca beber.

Comprendido. Cree que estoy borracho. Pregunto:

—¿La señora se fue con el barón?

—No. Fue sola con su caballo. Paseo.

Bajo las escaleras y avanzo por la alameda de arcos floridos. Apenas salgo por la abierta verja, se me echan encima los dos granujas. Les repito lo que me ha contado el oriental.

—Fueron a recoger a la policía, no al doctor —rechina Bruno.

—Le habría bastado con telefonear.

—Eres un gandul. Pudiste entrar a ver al viejo y averiguar.

—Los tres criados son expertos en yudo —argumento.

—Conque yudo, ¿eh? Les voy a dar un par de pases —afirma Bruno.

Saca su petardo. Y repentinamente un relincho nos hace respingar. Nos volvemos. A lo lejos, Dora acude al trote de su hermoso alazán.

—La marquesa. A por ella —susurra Marco.

Cuando llega, tira de riendas, al vernos parados en la carretera. Se endurecen sus facciones y me pregunta:

—¿Qué desea? ¿Y qué quieren estos señores?

—Vamos a decírtelo, muñeca —asegura Bruno.

Velozmente se proyecta, la agarra por una pierna y la desmonta. Marco la recoge entre sus brazos y yo me esfuerzo en contener y calmar el animal. Noble bruto comparado con muchos bípedos.

—Pero ¿qué es esto? —protesta Dora forcejeando—. ¿Quiénes son? ¡Jojo! Defiéndame. No deje que me brutalicen estos individuos.

—Tranquila, guapa —sonríe Marco llevándola fuera de la carretera, al amparo de los matorrales—. Solamente queremos razonar contigo, y si contestas dócilmente, nada te pasará.

Bruno la coge por un brazo, y lo retuerce un poco a su espalda.

—Si gritas, si llamas, te harás daño, morena. Y ahora, nos gustaría mucho oírte hablar de las joyas.

Hasta entonces, Dora parecía sorprendida, enojada, pero no demasiado asustada. Pese a los modales, mi presencia pasiva, la tranquilizaba hasta cierto punto.

Pero a la mención de las joyas, sus ojazos se dilatan llenos de pánico. Pregunta sin arrogancia, tragando saliva antes:

—¿De qué joyas se trata?

Bruno saca las dos fotos y se las enseña.

—¿Te reconoces?

—Sí. En la piscina, yo… Pero ¿qué tiene que ver con este

maltrato?

—Estaba en el cuarto de Fred —aclaro yo.

—Bien… —Y me mira sarcásticamente—. Fred no está casado.

Presenta Bruno la cuartilla escrita.

Frunce ella las cejas, lee y asombrada protesta:

—No se imaginarán que yo haya podido escribir esta sarta de estupideces. Y repito, ¿de qué joyas se trata?

Interviene Marco. A su señal, Bruno suelta la prenda. Explica Marco:

—Fred robó unas joyas de mucho valor. Si sé leer, el sentido de esta carta es evidente. Te las confió a ti para esquivar posibles registros, y porque estimó que te sería más fácil liquidarlas.

Se ha recobrado. Se permite reír burlona.

—Pero esto es puro folletín barato, señores. ¿Se burlan de mí? ¿Quiénes son ustedes? ¿Policías?

—En cierto modo.

—Pues no les felicito, señores. Y antes de comportarse tan groseramente conmigo, tendrían que haberse informado mejor y sabrían quién soy.

Señala la cuartilla y vuelve a reír:

—Mi hermoso gorila, mi adorado salvaje… ¿y qué más, señores? ¿Me toman por una criada? ¿Y estas faltas de ortografía? Pero, Jo, por favor, ¿cómo pudo siquiera pensar que estas vulgaridades eran obra mía?

Es Marco el que me saca de apuro:

—Hay señoras de la alta sociedad que escriben peor que lavanderas.

—Si algún día soy cómplice de un ladrón, préstenme la suficiente inteligencia para comprender que no le escribiría notitas amorosas de esta clase.

El argumento es lógico. Dora no es tonta. Pero Marco inquiere:

—¿Y el Ngo de marras?

—Uno de mis criados. Podrá atestiguar que nunca le encargué llevar notitas no ya a Fred, sino a nadie.

—Los chinos mienten más que hablan —arguye Bruno— y, en cuanto a las mujeres, enredan hasta a los chinos.

Dora lo fulmina con arrogante desprecio:

—Sabrán quién soy, señores. Y deseo ver su placa y su carnet.

Bruno la coge otra vez del brazo y la empuja contra un pino. Levanta la diestra abierta enseñándole la palma vacía:

—Éste es mi carnet, duquesa.

Y baja la mano para golpear la culata del revólver enfundado entre camisa y pantalón.

—Ésta es mi placa, Majestad. ¿Qué más quieres ver?

Nuevamente se asusta. Me invoca:

—No permitirá que me maltraten, Jo. Le juro que no sé nada de estas joyas. Le juro que no escribí este papelucho.

—La creo, pero resulta que suceden cosas raras, Dora. Sus dos invitados vinieron a alquilar caballos. Según ellos estaba usted en cama.

—No quería acompañarles. Eso es todo.

—Fue una suerte para usted. Porque les dispararon a ellos.

Palidece intensamente. Añado:

—Ningún plomo les tocó. Pero un plomo mató un caballo. Su amigo griego está en la cama, y el barón fue a buscar un módico, según acaba de contarme uno de sus vietnamitas.

—Pero… no comprendo quién pudo atacarles. No conocen a nadie, y son seres encantadores y totalmente inofensivos.

—Ya basta —interviene Marco—. Discutiremos mejor entre cuatro paredes. La señora condesa tendrá el honor de invitarnos a un trago.

—¿Ustedes, en mi casa? Ni lo piensen…

—¡Pensado! Andando, baronesa. No queremos ser brutales, pero si te empeñas, nos pondremos muy bestias. Palabra.

La coge del brazo y allá vamos. Yo llevando del bocado al alazán. Al final de la alameda, vemos asomar un indochino. No sé si es el que me recibió, o el de la cantina, o ni uno ni otro.

Dora muy señorial dice calmosa:

—Nguyen, cuídate de «Tarzán».

El chino se lleva el alazán, y subiendo los peldaños, pregunta Marco:

—¿Cuántos son los micos?

—Tres. Ngo, Nguyen y Pham.

El vestíbulo es enorme. Con panoplias de caza y cabezas cornudas. El vestíbulo es lujoso. Con cuadros de chafarinones. Eso que llaman abstracto.

Dora ya ha recobrado su control. Toca un timbre. Y como nadie se presenta, dice:

—Excúsenme un instante.

Aparta un cortinaje y desaparece. Marco intenta justificarse:

—Tiene clase esta chica.

—Sigo creyendo que nos enreda, Marco.

—Y yo creo que nos engatusaron con esta cartita, para despistarnos. Esta mujer no habría escrito algo tan ingenuo.

—Lo mejor es encerrar en la bodega a la africana, al griego, a los lacayos y al barón cuando asome.

—Vaya solución. No podemos pasarnos la vida aquí y, mientras, la quincalla alejándose.

Resuena el teléfono. Me lo señala Marco y lo cojo, pero Bruno me aparta un poco el trasto de la oreja. Quieren oír.

Una voz masculina y áspera:

—Deseo hablar con la señora Spira.

—Por el momento, está ausente. Puedo transmitirle lo que sea —sugiero.

—Aquí, la gendarmería de Antheor. A propósito de un coche robado. Hemos encontrado la licencia a nombre de la señora Dora Spira, en un descapotable «Fiat», accidentado, y seguramente robado.

—Ah… ¿Por qué cree que lo robaron?

—El presunto ladrón estaba al volante. Gravemente herido. Lo han trasladado al hospital. Se trata de un tal Panipa, Basil.

—Es un amigo de la señora Spira. Es su invitado.

En ningún caso se trata de un robo. La señora le prestó el coche. Eso es todo.

—Ah, bien. Esto cambia todo el asunto.

Y el gendarme cuelga sin siquiera despedirse.

Dora que venía con uno de sus amarillos, ha oído algo, y pregunta:

—¿Qué robo de coche?

Le resumo el parte de tráfico. Se precipita al aparato reprochándome:

—Tenía que preguntarles dónde hospitalizaron al pobre Basil.

—No me dieron tiempo.

Pide la comunicación y habla secamente:

—¿Aló? ¿Gendarmería de Antheor? Les habla la señora Spira…

Escucha. Se endurecen sus rasgos. Cuando ahorquilla, no ha podido colocar ni diez palabras.

—Parecen enojados por verse privados de detener a un ladrón de coches. Apenas han sido corteses. No han querido decirme en qué hospital alojaron a Basil. Es inaudito. Tengo amistad con el prefecto… Sabrá, quien soy yo.

Se enfrenta con los tíos granujas.

—Estoy preocupada. No he comprendido gran cosa de sus reclamaciones, pero sepan que están en un error. Un error agravado con una vileza de parte de alguien que habrá querido complicarme la existencia. Estoy dispuesta a discutir lo que sea con ustedes, pero más tarde, en otra ocasión.

Titubean. Van adivinando que pierden el tiempo, y no saben qué decisión tomar. Yo me acerco al oriental impasible:

—Tú eres el que estaba en la cantina de los camioneros. Seguro.

—Sí.

—¿Eres Ngo?

—No. Yo soy Pham.

—Vas a decirme por qué peleaste con Zezé, el florista.

Interviene Dora indignada:

—No es el momento adecuado, Jo. Además, lo que llagan mis criados, no le importa a usted.

Pero tengo agarrado por una solapa al amarillo. Olvido que es una imprudencia. El amarillo, con rictus desdeñoso, se digna explicarme:

—Demasiado bebido, el tipo. Tuve que cerrar su boca. Decía cosas malas de mi señora.

—¿Qué cosas decía? —insisto.

—¡Ah, no, ah, no! —protesta Dora—. Sobrepasa los límites, Jo. Que me calumnien, me tiene sin cuidado. Pero a usted no le importa nada. Y ahora, les ruego me dejen sola, señores.

Uno de los dos «señores» estaba mirando por una ventana. Oíase el sordo ronquido de un motor, aproximándose. Bruno impreca:

—¡Los que faltaban! ¡Los guindillas!

Un *jeep* con dos peregrinos de uniforme azul, sube por la alameda. Marco y Bruno adquieren aspecto de bestias acorraladas.

Dora que parece tan inquieta como ellos, expone:

—Pham los hará salir por el jardín posterior. Váyase también, Jo.

El asiático aparta la cortina. Y Bruno como despedida, amenaza:

—No nos has visto, ¿te enteras? Ni aquí ni en ningún sitio. Recuérdalo, si aprecias tu linda pelleja.

Encoge ella los hombros y le vuelve la espalda.

Nos internamos por la sala contigua. Y de pronto, Marco inmoviliza a Pham que se disponía a guiarnos a una salida.

—Un minuto, hijo de Saigón. No hay fuego. No hay prisa. Quiero oír lo que vienen a chismorrear esos dos gandules.

La puerta de comunicación está entreabierta y apartando un poco el cortinaje podemos ver y oír lo que sucede en el *living*.

Un amarillo introduce a los dos gendarmes. Dora les acoge glacialmente:

—Me han anunciado el suceso desde Antheor, y permítanme exponerles que la corrección…

—Perdón, perdón —ataja una voz rocallosa—, no tenemos nada que ver con Antheor. Pertenecemos a la brigada de Valeseur. Se trata de dos invitados suyos, señora. Una mala noticia.

—Pero sí las digo que estoy al corriente del accidente de coche sufrido por el barón Panipa.

—¿Accidente de coche? El hombre nos habló de un barón, y también de un griego, pero no de un accidente. No de esta clase de accidente. Un tal Zenón Benedetti, camionero transportista, se presentó acusándose de haber asesinado a balazos a dos hombres que residían en su casa, señora.

—¿Asesinado?

—El hombre estaba ebrio y no parecía gozar de todas sus facultades mentales. Pero. Pero nos remitió el arma del crimen. El cargador vacío y el cañón oliendo a pólvora. No cabe duda que lo había empleado.

—Díganle a su asesino que es un imbécil y un torpe. Disparó, en efecto, pero aparte ser desmontador, más amigos no han sufrido daño. El barón fue a buscar un médico, porque mi otro amigo tiene contusiones leves.

—Ah… Entonces, con su permiso, llamaré a mis colegas de Antheor.

Le oímos pedir la comunicación. Y poco tarda en dar parte:

—¿Eres tú, Mattei? Aquí, Danova. Estoy en casa de la señora Spira… Sí, «ése» y «pe», las dos primeras letras. Vine a anunciarle el asesinato de uno de sus invitados, según declaraciones del botarate que se entregó prisionero, y resulta que tú le notificaste que el supuesto asesinado lo tienes inscrito como accidentado. ¿Cómo? Espera, voy a consultar mi libreta.

La pausa es el inicio de una serie de pausas.

—Se trata de un tal… eso es… Barón Panipa… ¿Cómo?… Ah… Ah… ¡Ah!… Caramba… Rediez… Sí, sí… Permaneceré en contacto… Sí, sí… Sin moverme de aquí… Hasta pronto, Mattei.

Cuelga. Al amparo de la cortina, reteniendo el aliento, nos miramos recelosos. Por el tono del gendarme al final de su conferencia, cabe deducir que su colega le estaba comunicando novedades.

No tenemos que aguardar mucho para ponernos al corriente.

El representante de la ley manifiesta:

—Señora Spira, ¿sabe usted lo que transportaba su barón en el cofre de su coche? ¿No, no lo sabe? Pues se lo diré yo. En lo que queda de su coche, mis colegas han descubierto un lote de joyas. Las han identificado como las joyas robadas a la famosa cantante.

CAPÍTULO VIII

A mis flancos, Marco y Bruno tienen los ojos saltones. En cuanto a Dora si hace comedia es campeona. Su actitud es altiva y sorprendida. El gendarme insiste: tras consultar su libreta:

—La famosa cantante Marika Garlan. ¿Se da cuenta? —Conozco como todo el mundo la fama de esta cantante, pero nunca hemos sido presentadas. Lo que me es imposible comprender es cómo pudieron sus joyas venir a parar al cofre de mi coche.

—¿No lee los periódicos, señora? —Y la autoridad se hace insidiosa—. Sabría que dichas joyas fueron robadas en Montecarlo por un trío de malhechores. Dos de ellos los conocemos. Si le interesa mirar las fotos de este mismo periódico, cortado por la tos del segundo gendarme que hasta ahora no ha abierto la boca.

Bruno Rejac saca su petardo. Pham oliendo tormenta, pretende deslizarse, pero Marco le sujeta por un hombro.

Tras mirar las fotos, Dora contesta con altivez:

—No conozco de nada a estos individuos. No tengo costumbre de elegir mis relaciones entre la gente del hampa, y esto es algo que debería usted verlo a simple vista.

—Dada la época en que vivimos y el ambiente de departamentos costeros, vernos muchas cosas raras, señora. Y saludamos a muchos personajes, con respeto, hasta que viene un aviso, y ¡hale, hop!, tenemos que ponerles esposas.

—¡Su ironía es insultante!

—No hay ofensa intencionada, señora. Ya que no conoce a estos dos, cabe la posibilidad de que usted pueda estar mejor informada que nosotros, sobre la personalidad del tercer ladrón.

—Espero que no se imagine usted ni por un instante que el barón Panipa pueda ser el cómplice de estos bandidos. Es una

broma de mal gusto, señor gendarme.

—Estando de servicio nunca bromeamos. De todos modos, las joyas de la Garlan no aterrizaron por casualidad en su coche, y era su invitado, el barón, quien conducía el coche.

—Pero ¡es algo inconcebible! Es evidente que usted no conoce al barón.

—Si se salva, ya tendremos ocasión de conocemos, puesto que entablará relaciones serias con el gremio policíaco. Cabe otra solución. Tiene criados.

—Tres. Tres anamitas. Pero respondo de ellos como de mí misma.

Echa Dora otro vistazo al periódico y afirma:

—En la fecha del robo, ni el barón, ni mis criados abandonaron esta casa en toda la noche. Daba una fiesta. Y si es necesario, mis invitados prestarán testimonio. Le participo que entre ellos había un juez de Niza y un presidente de tribunal de Aix.

—Bien. Pasemos a otra cosa, señora. Parece no haberle interesado averiguar los motivos que impulsaron a un hombre a disparar contra sus dos invitados.

—Usted mismo declaró que estaba ebrio y no parecía gozar del dominio de sus plenas facultades mentales. Se tratará de la acción de un demente, supongo. No tenía motivos de rencor contra mis dos amigos a los cuales ni siquiera conocía.

—No es esto lo que él declaró al entregarse prisionero, aquí está todo apuntado. En mi libreta. El llamado Zenón Benedetti, acusa a los llamados Panipa y Grego… Gregoropoulos, de seducir y secuestrar a su novia, una tal Vivianne Morin, que trabaja como sirvienta en el lugar denominado «French Ranch». ¿Conoce a dicha sirvienta?

—Muchas veces hemos ido al rancho para alquilar caballos, almorzar o cenar. Conozco a dicha muchacha. Pero de esto a pensar que mis amigos hayan podido seducir y secuestrar a esta jovencita… Por favor, es risible, créame.

Será risible, pero no tengo ganas de reír. La tormenta se está aproximando a mi sector. Me lo confirma el gendarme:

—Comprobaremos todo, señora. Tú, Paoli, vete con el «*jeep*» al rancho en cuestión, mientras yo hago compañía a la señora Spira. Si encuentras a la nombrada Vivianne Morin, la traes. Caso contrario,

invita a su patrón, un tal Joseph Fabri, que tenga la bondad de acompañarte. ¿Visto y entendido?

—Visto y entendido, brigada.

Restalla una puerta marcando la salida del gendarme.

Se nota irritación en el tono de Dora:

—Comprenda que todo esto es absurdo, brigada, folletín creado por el pobre cerebro de un alcohólico desequilibrado. ¿Dónde si no pudo sacar tantas majaderías?

—Según él, fue uno de sus criados de usted quien, le facilitó el informe, o, mejor dicho, le sacó de quicio, burlándose de su confianza en la que él considérala novia, y que le ridiculizaba con sus invitados de usted, señora Spira.

—Absurdo, absurdo…

—Si no he comprendido mal, uno de sus invitados está en cama. Me agradaría hacerle una visita.

—Le acompaño.

Les oímos alejarse y subir escaleras. Me vuelvo hacia Pham:

—Explicada vuestra discusión, ¿por qué demonios sacaste de sus casillas al pobre idiota de Zezé?

—Estaba triste por no ver a señorita Vivianne. Valía más que supiera ella no merecía llorar por ella. No inventé nada.

—Viste al chico furioso y aprovechaste para jugarles una sucia faena a los invitados de tu patrona. ¿Por qué? ¿Qué te habían hecho?

—Nos tratan como perros. No somos perros.

Marco se apodera del anamita Pham. Lo sacude un poco por las solapas.

—Aclaremos y pronto. Puestos a hacerles la pascua a esta gente, tú o uno de tus compañeros, colocó en el coche las joyas.

—¿Joyas? No joyas. No tocamos joyas. Ni yo ni nadie.

—No te fatigues, Marco. No sacarás nada de este mico —dice Bruno.

—Nos han fastidiado del todo. Tenemos que largarnos, porque tal como se pone el panorama, no tardará en hervir la comarca de sabuesos.

—No perdamos la cabeza. Nos queda tiempo para recobrarnos en parte de la pérdida. Que tantas molestias como nos hemos tomado, no sean gratuitas —manifiesta Bruno.

—¿Qué quieres decir?

—Hemos perdido los diamantes de la Garlan. Conformes y resignación. Pero podemos tener una consolación con la quincalla de la marquesa.

—¿Estás chiflado?

—Comprendo que, en comparación, pesarán menos quilates. Pero no nos iremos manos vacías.

—Repito que estás chiflado. Tenemos un gendarme arriba, encima de nuestras cabezas. Otro que no tardará en regresar. Y hablas de inspeccionar esta barraca. A este paso, terminas en el locódromo.

—Puede que sí. Y en caso que tengas canguelo, es tu derecho. Pero yo voy al grano.

—No sabes siquiera dónde guarda ella su quincalla.

—Yo no, pero él sí.

Planta el cañón de su petardo en las costillas del anamita que pierde una pizca de su impavidez.

—¿Verdad que lo sabes, Fafá? —sonríe Bruno.

El amarillo, algo más blanco, se limita a afirmar con los párpados.

Bruno me aconseja:

—Lárgate a tu rancho y apáñatelas.

Se van llevándose a Pham. Para no tropezar con el brigada, subirán por la escalera de servicio. Bruno es el que manda ahora. El gordo Marco le sigue, preocupado y con aspecto poco animoso. La edad pesa en esta clase de profesión.

Busco mi camino a través de un salón chinesco, una biblioteca y una sala de visibilidad del piso alto.

Llego al otro lado del seto. Calculo la distancia hasta la verja abierta. Y renuncio.

Entre las dos pilastras aparece el morro del «*jeep*» de la gendarmería.

Podría dejarle pasar, pero al lado del uniforme azul del gendarme, destaca la blusa de seda negra y la melena incendiaria de mi esposa.

Empiezo a percibir los sudores que me resbalan por el espinazo.

Mi leona no es fácil de achicar, pero si pierde la paciencia o cuenta historias demasiado rocambolescas, estamos perdidos.

No me queda más remedio que jugar la partida por espinosa que sea.

Llego al pie de la escalinata al mismo tiempo que el gendarme y mi leona descienden del cacharro. Ella me mira con alivio. El con desconfianza.

—¿Usted quién es?

—Joseph Fabri, dueño del rancho y de esta señora.

—¿Y qué está haciendo por aquí?

—Vine a anunciarle a la dueña que uno de mis caballos ha sido baleado.

Y sus dos invitados escaparon por pelos…

—Estoy al corriente. Gracias. De momento, sígame. El brigada necesita charlar con usted.

Pongo cara de asombro:

—¿Conmigo? ¿Para qué?

—Mi brigada se lo dirá.

Entramos. En el «*living*», uno de los asiáticos, Nguyen o Ngo, arregla flores en un jarrón. El gendarme Paoli interroga:

—¿Dónde está la señora?

—Arriba con el señor Brigada, en la habitación del señor Sófocles.

—En la espera, veamos lo que puede usted decirme —y me escruta.

—¿Sobre qué?

—Concerniente a una tal Vivianne que estaba a su servicio.

Le veo venir. Ya interrogó a Leo. Espero que ella habrá dicho lo menos posible con el menor número de detalles. Ojalá coincidamos.

—Actualmente debe estar en pleno romance amoroso, no sé dónde, en compañía de mi mozo de establo, que nos abandonó al mismo tiempo que ella.

—¿Sin preaviso?

—Usted tiene experiencia de la vida y de la raza humana, ¿no? Cuando una chica sana desea compartir sus noches con un hombre sano, le pasa como a una gata.

—¿Una gata? —repite perplejo Paoli.

—Por casera que sea, se larga por el tejado o la ventana, de golpe, sin pedir que le abran la puerta. Ella se moría de aburrimiento. Y el primer hombre que tuvo a mano, le bastó.

—¿Y usted?

—¿Yo qué?

—Usted también es un hombre, ¿no?

—Ojo. Estoy casado y aunque me produzca rubor, confieso que amo apasionadamente a esta imponente pelirroja que me tocó en la rifa del matrimonio.

Leonora saca el busto con orgullo. El gendarme chupa su lápiz, mirando las anotaciones de su libreta. Medita en su próxima pregunta.

No tiene tiempo de formularla. Arriba crepita una serie de detonaciones. No me sorprenden.

Han debido toparse el brigada y los dos granujas. La temeridad de Bruno no confirmó el refrán que asegura la fortuna a los audaces.

Paoli ya tiene la artillería empalmada y, corriendo, nos ordena:

—¡No se muevan de aquí!

Desaparece por el vestíbulo. Otra ráfaga, más cercana, Y la voz del brigada retumbando:

—¡Manos arriba! ¡Tira el petardo! ¡Manos arriba, te digo!

—¡Que te frían, gandul! —vocifera Bruno.

Otro cargador escupe plomos. Dos taponazos más secos, de mayor calibre. Martilleo de suelas. Forcejeo. Un grito de dolor. Dora que ruge aterrorizada. Luego aúlla con estridencia decreciente. Y silencio total.

Solamente ahora me doy cuenta que Leo, refugiada entre mis brazos, se ha desmayado. La extiendo en un sofá, y le doy bofetones de progresivo vigor para que recupere sus sentidos.

Ya abre un ojo, cuando entra el gendarme Paoli empujando por la espalda con su pistola a Marco que eleva muy en alto sus brazos.

Me asomo al vestíbulo. A media escalera, se alarga Bruno cabeza delante, brazos en cruz. Un surco de sangre baja los peldaños, brotándole de la cabeza.

Dora, como un maniquí robot, baja rígidamente. El brigada que estaba inclinado sobre Bruno, se incorpora manifestando:

—Muerto. El desgraciado se lo buscó y acude para mirarme de cerca. —¿Y usted quién es?

Se lo digo, y le repito la historia que ya le conté a su subordinado.

El brigada gruñe. Está pensando en otra cosa. Lo demuestra:

—Al salir de la habitación, esos dos desgraciados aparecieron en el pasillo. Quisieron huir. Disparé al aire, pero ellos no. Me salvé de milagro.

Entra en el «*living*» y su compañero le acoge triunfalmente:

—¡Brigada, brigada…! ¿Sabe quién es este parroquiano? Nada menos que Richard Marco, uno de los ladrones de las joyas. Compare —y agita el periódico ante la cara del prisionero.

Marco, esposado, derrumbado en un sillón, es la viva imagen del hombre insensible a todo lo exterior. El fracaso le inunda.

El brigada efectúa la comparación y asegura:

—No cabe duda. Una cara de queso de bola como ésta, no abunda. No hemos perdido la jornada, Paoli.

—Espere, espere… No es todo, brigada. Fíjese lo que encontré al registrar a este pelícano.

Señala una blusa femenina en forma de envoltorio, sobre una mesa. El brigada abre la blusa. Un collar, pendientes, anillos, broches y demás bagatelas.

Dora exclama:

—¡Mis joyas! ¡Es increíble! Robarme estando yo en casa. Y estando usted.

—Son especialistas sin el menor sentido de la moral y vergüenza —sentencia el brigada.

Me aproximo al montón de joyas y doy un respingo. Entre los rutilantes adornos descubro el extraño brazalete que llevaba Vivianne. Que llevaba cuando la transportamos agonizante. Y que le robaron ayer.

Dora está a mi lado. La miro y la noto muy trastornada. En sus ojazos hay temor y una silenciosa súplica.

El brigada interpele a su subordinado:

—Hay que avisar a la Criminal y también a una ambulancia.

Pero el teléfono repica en aquel mismo instante y el brigada lo agarra:

—Sí… Yo mismo… Naturalmente… Ah… ah… Vaya… Bien, bien… Salud.

Ensarta el aparato como si temiese romperlo y contempla a Dora:

—Los colegas de Antheor me han transmitido noticias del

hospital. Malas noticias sobre su amigo el barón, señora.

—¿Tan grave está?

—Peor. Ha muerto. Hace veinte minutos, en el quirófano. Le falló el corazón, dicen los médicos.

Se rasca el occipucio, y añade:

—Pues sí que es una lástima. Para él y para nosotros. Seguro que nos habría revelado cosas interesantes si la muerte no le priva de la palabra.

Dora está rígida. Como paralizada por la emoción. Pero yo empiezo a tener mis sospechas. Me huelo que la muerte del barón no la afecta tanto como aparenta.

Y al mismo tiempo veo resucitar al gordo Marco. Ya no es el granuja anonadado. Sigue repantigado con sus esposas, pero le brillan alegremente las pupilas.

No me cuesta mucho adivinar lo que está tramando. Ni las trolas que le va a endilgar al juez encargado del caso de las joyas.

De jefe de la banda, se va a convertir en comparsa. Cómplice del barón Panipa, personalidad en el ambiente distinguido de la costa, con grandes relaciones.

Y cuyo cadáver todavía tibio endosará un hermoso abrigo de responsabilidades, sin riesgo alguno para Marco de que le desmienta. Con un buen abogado, saldrá casi descrito como una víctima inculta de un perverso aristócrata.

La muerte del barón ha sido grandemente beneficiosa. Para varios. Entre ellos, el bribón de mi hermano.

Capítulo ix

El brigada sugiere a su compañero:

—Vamos a interrogarle a fondo a este colibrí —y señala a Marco.

Dudo que le puedan sacar en limpio al gordo que es veterano en el arte de enfrentarse con interrogatorios. Pero los gendarmes son gente honrada y cándida.

No quieren que nadie pueda oír las sensacionales revelaciones que anhelan sacarle al único superviviente del trío. Solicita el brigada:

—No deseamos molestarla, señora. Si pudiéramos hablar a solas con este pájaro…

Señorialmente, Dora indica un umbral. Los dos uniformados se llevan al esposado Marco a la biblioteca.

Nos encontramos a solas Dora, Leonora y yo. Pero mi leona no está para charlas. Se refugia en el sillón de la esquina, declarando en silencio su decisión de soportar verse ahí a la fuerza.

Recojo delicadamente entre índice y pulgar el brazalete. Lo elevo ante la visión tío Dora y parezco reflexionar en voz alta:

—Es curioso que encuentre este trasto aquí.

—¿Por qué? Me pertenece.

—Le pertenecía. ¿Está segura de no hacerlo regalado a Vivianne?

—No tenía razón alguna de hacerle regalos.

—Y en todo caso lo que se da no se quita. A menos que… el regalo se vuelva comprometedor, por sucesivas circunstancias.

—No comprendo lo que pretende dar a entender, Jo.

—Yo mismo no comprendo la mitad de las cosas que están sucediendo, pero me imagino que los funcionarios del gremio

policial serán bastante más listos que yo.

—Supongo que no pretenderá usted mezclarse en lo que no le importa.

—Ojalá no me importase ni me hubiesen mezclado. Además, ya estoy hasta la coronilla de hacer el grullo cegato.

—Pero ¿qué tiene que ver este brazalete con sus preocupaciones particulares?

Será una imprudencia, pero ya es hora de poner las cartas boca arriba.

—Este trasto lo llevaba Vivianne cuando la recogieron agonizando en el bosque. Murió poco después en mi rancho. Y seguía llevándolo. Ayer tarde alguien se introdujo, con violencia, y se apoderó del brazalete. Y hoy lo encuentro aquí, con sus otras joyas de usted.

Seré algo duro de mollera, pero ¿es raro que me intrigue este juego de manos?

—Y… ¿y tiene usted… la intención de explicar esto… a la policía?

—Integralmente. Y con detalles suplementarios. Referentes a como ayer tarde, con la desaparición del brazalete, fue acribillado mortalmente Fred, mientras mi mujer, sonada de un matracazo, estaba encerrada en un armario.

Dura la mirada, frunce los labios en mueca irónica:

—Creo que se burla de mí, Jo. Pretende que Vivianne murió en su rancho, que Fred fue asesinado, su esposa secuestrada… ¿Y usted no estimó siquiera elemental avisar a la policía?

—Pensaba tener mis motivos para callarme. Ahora, estimo que he de declarar la verdad, toda la verdad.

—Y nada más que la verdad. Lo único que logrará es que le encierren en la cárcel o en un manicomio.

—De ambos sitios se sale.

Debo tener aspecto de calmosa decisión. Ella empieza a ceder:

—No puede hacer esto, Jo.

—Es la única solución para no verme en líos peores. Con todos los elementos que puedo aportar, un policía inteligente puede llegar lejos.

—¿Y si es un policía mediocre?

—Correré el riesgo.

He ganado. Me coge del brazo y susurra:

—No puede hacerlo. De ningún modo. Provocará desastres… totalmente inútiles… En fin, ahora Basil Panipa ha muerto. Ya puedo revelarle lo ocurrido. Luego, usted decidirá lo que le dicte su conciencia.

Leonora finge dormitar, pero tiene la cabeza torcida. Escucha.

—Basil era un maníaco, un drogado. Su afición consistía en contagiar su vicio a los demás… sobre todo si se trataba de un ser joven, sano y equilibrado. Era diabólico. Lograba asustarme a mí misma. Apenas conoció a Vivianne, se concentró en persuadirla. No sé lo que pudo prometerle, pero la desgraciada no resistió mucho tiempo. Vino varias noches aquí a reunirse con el barón.

—¿Y usted lo permitió?

—Oiga, Jo… Soy una mujer de mundo. Mi casa no es un convento.

—Ni usted una ursulina. De acuerdo. Pero sabiendo la clase de sucia bestia que era Basil, pudo por lo menos avisar a la chiquilla.

—Por lo general, las cosas nunca llegaban a peligrosas. Le previne a Vivianne que la droga era malsana, pero no me hizo caso. Y una noche tomó una dosis excesiva en compañía de Basil. Su corazón empezó a fallar.

—¿Por qué no llamó a un médico de confianza?

—Basil temió las consecuencias. Se llevó a la pequeña, sin decirme dónde la llevaba. Pensé que la dejaría en una clínica de algún amigo.

—¿Fred?

—Tuvo su merecido.

—¿Eh, cómo?

—Sabía que Vivianne tenía relaciones con el barón.

Cuando vio el cadáver, reconoció el brazalete que me había visto llevar algunas veces, y que yo regalé a la pequeña. Entonces, Fred pretendió hacernos chantaje. Lógicamente, yo le dije que discutiese el asunto con Basil.

—Le aviso que entre un chantajista accidental como Fred y serás… digamos tarados como Basil… mis simpatías van a Fred. Y si Fred quería dinero para callar. ¿Por qué no le pagó su maldito barón?

—Fred pedía demasiado. Y Basil… lo mató. Ahora ya lo sabe

todo. Es usted libre de arriesgarse a ser encarcelado… Riesgo que también correría yo. Pero el culpable ya ha muerto.

—No importa. Mi conciencia no queda tranquila.

—Si su conciencia, por carambola, me hace encarcelar, tendré que contestar interrogatorios. Tendría que eludir a la presencia de estos dos «gangsters» en su rancho. Ahora bien, si se comporta usted como un hombre inteligente y razonable, nadie saldrá perjudicado. Yo le proporcionaré a Marco un defensor que sabrá hacerle comprender cuál es su verdadero interés.

—¿Y si uno de sus criados habla?

—Me son fieles. Detestaban a Basil, pero a mí me adoran. Por último, piense que todo el mundo dará por hecho que Vivianne y Fred se fueron juntos a cualquier sitio. No tenían familiares cercanos.

Leonora ha descubierto un pequeño bar. Se prepara un tónico. Me despido de Dora:

—Usted gana, señora Spira.

Me acerco al bar y a mi leona que agridulce comenta:

—Vaya, estaba temiendo que hubieses olvidado mi existencia.

—Tenía que discutir de cosas serias con Dora.

—Me lo supuse.

—Oye, ¿estás segura que el gendarme no vio a mi hermano?

—Tu prenda de hermano cuando le interesa es el hombre invisible.

El brigada reaparece con cara de fastidio.

—Es un hueso este bandido. Pero ya hablará apenas lo recoja la policía. Lo llevaremos a comisaría con el atestado de primera indagación. Permanezcan en sus respectivos domicilios, señoras y caballero.

El caballero soy yo. Podemos irnos. Hacemos saludos a la autoridad, y el aire del jardín se me antoja delicioso.

A mi lado, Leo camina silenciosa. Cuando estamos a punto de entrar, comenta:

—Lo oí todo. Pobre Fred. Era un burro.

—Respeta a los muertos, caray.

—Quise decir que no siendo profesional del chantaje, era una imprudencia. Voy a echarme un poco.

Renqueando un poco, mi hermano baja las escaleras y se dirige

recto al saloon. Pasa tras el mostrador y sirve vino dorado en dos copas.

—Parece que hay grandes novedades, ¿eh?

Le cuento detalladamente las novedades. Así como las revelaciones de la argelina. Luc exclama boyante:

—¡Fenomenal, chico! Todo resuelto. Aquí no ha pasado nada.

Tanto cinismo me abruma. El prosigue entusiasmado:

—Esto ha sido un aviso de mi hada protectora, Jojo. Casi estoy por hacerte caso. Yo, por ti, soy capaz de sacrificarme. Dame casa, comida, bebida y algo para tabaco, y te sirvo de barman.

—Claro, como ahora no hay clientela, te ibas a herniar trabajando.

—Sigues cabizbajo y meditabundo. Cuéntame tus penitas.

—El barón liquidó a Fred. De acuerdo. ¿Qué falta le hacía sabotearme el motor y el teléfono?

—Ninguna. Fui yo.

—¿Eh?

—Cuando descubriste el cadáver de Fred en el establo, pensé que era preferible tomar precauciones, para evitar que te precipitases en alarmar a la policía.

—Eres un verdadero… no sé qué. Mira que tienes pencas…

—La veteranía es un grado, hermanito. Así te evité complicaciones.

—¿Complicaciones? Las trajiste apenas asomaste.

No, no. Cada cosa a cada César. Si no me birlan el saco, nada habría pasado. Las dos defunciones nada tuvieron que ver con mi trabajo. Fueron obra del canalla del barón. No debió morir atropellado, sino lentamente, con martirios chinos.

Parece sinceramente escandalizado. Tiene su moral particular. Agrega:

—En cuanto a Fred pagó su novatada. Si me hubiese pedido consejo, otro gallo le cantaría. Le hubiésemos sacado al canalla del barón un buen fajo, y luego lo hubiésemos enterrado. ¿Para qué llevarlo a tribunales?

—Hablando de entierros… Yo no puedo soportar la idea…

—Nunca remuevas la tierra aunque sea la de cementerios improvisados. ¿Les devolverá la vida a los dos pobres infelices, llevarlos al cementerio municipal?

Me sirve otra ración. Y de pronto exclama:

—¡No puede uno fiarse de nadie! Ya ves… La chiquilla se lleva mi saco. Y el barón, respetable en apariencia un solemne canalla, que no solamente atiborra de droga a la pequeña, sino que encima se queda con mis joyas. Estos golpes acabarán con mi confianza en la Humanidad.

Para consolarse se sopla un tercer espumoso. Empieza a sonrojársele la nariz. Se pone tierno.

—No hay nada como la vida familiar. Pasaremos las Navidades juntos.

—Puede que sí, puede que no.

—No te entiendo.

—A la primera granujada que hagas, te agarro por los fondillos y te llevo recto a la comisaría.

—Pues vaya manera de hablarle a tu hermano mayor. Después que te hice un gran servicio. Sí, sí… Me llevé el coche de Marco y Bruno al campo sur tras la casa de la africana. Pienso en todo yo. ¿Echamos una partidita barata, Jojo?

—Luego. Voy a asearme un poco.

Subo a mi alcoba. Leonora está en la mecedora junto al balcón. Me mira.

—Tienes cara de tigre sorprendido, Jo.

He cerrado. Y nadie puede oírnos. Me siento a su lado.

—Eres un talento para la correspondencia, leona.

—¿Yo? ¿Me tomas la melena o qué? Siempre te quejabas de mis faltas de ortografía…

—Eso mismo. No cabe duda que soy un idiota, pero hija mía, creo que tú me superas.

—No comprendo.

—Por la cuenta que le tiene, Marco habrá tragado la cartita. Pero cuando se tienen tantas facultades como tú para el género epistolar, aunque sudases horrores para cambiar tu caligrafía, debiste por lo menos consultar el diccionario.

—Pues sí, ea, yo escribí esta nota y la dejé en la mesita de Fredi cuando vi que los dos maleantes estaban cribando la casa. Y tú tragaste la píldora, igual que ellos dos.

—Fue una idea genial. Porque, por lo visto, juzgaste que no teníamos aún bastantes calamidades. Tuviste que añadir algo por tu

cuenta.

—Quéjate ahora. Lo hice precisamente para ayudarte, mientras los socios de tu hermano se dedicaban a la africana, se olvidaban de ti. Y además, así, le complicaba la vida a esta maldita zorra.

—Bien. Y ahora vamos al grano. Soy más listo de lo que parezco yo. Y había algo que no encajaba en todo este espantoso follón, querida. Vivianne no iba a ir a visitar al barón llevando el saco de mi hermano. Si ella se hubiese quedado con el saco, ¿de qué iba a ir a repartirlo con el barón?

—Divagas, amor mío.

—Seguro que sí. Y el barón se iba a dedicar a pasear a caballo, con el saco en el coche. ¡Has sido tú! Mientras el barón y el griego galopaban por la pradera, tú metiste el saco de las joyas en el cofre del coche de la africana.

—Qué bonito… No sabes encontrar nada mejor que acusar a tu propia esposa de una tontería tan enorme. Si yo hubiese tenido las joyas, ¿las iba a regalar a la africana?

—El saco lo escondiste en un sitio que sabías nadie encontraría. Cuando, ayer, los dos invitados de Dora vinieron con el coche, en el rancho solamente estábamos tú, Lucas, sus dos socios y yo.

—Tres granujas.

—Sí, pero queda excluido que ni mi hermano ni los otros dos se dedicasen a esconder su botín en la caja del «Fiat». Yo estoy en perfecta situación, de saber que no fui tampoco el autor del transbordo. Solamente quedas tú.

—¡Sí, fui yo, sí! Me quedé con el saco que trajo tu hermano. Era tina ocasión fantástica.

—Tu…, tu cinismo me deja turulato.

—¿Y tú, qué?

—¿Yo? Yo, ¿qué?

—¿Acaso no eras un cínico? Me ridiculizabas en mi propia casa. Te sorprendí aquella mañana, abrazándola en el saloon.

—¡Ey, ey! La chiquilla estaba toda trastornada, y se protegió abrazándome como una hija. Yo fui paternal. ¡Maldita sea! ¡Bien sabes que no quiero a otra, sino a ti! Luego volveremos a esto. Ahora, al saco.

—Había decidido irme, dejarte a ti con tus pencos, dejarte consolar a todas las mujeres en cien millas a la redonda…

—¡Ostras, qué mala fe! Si precisamente todas se quejan de que no les hago ni caso. Porque estoy esclavizado por tus encantos, leona mía. ¡Al cuerno con las melosidades! Volvamos al saco.

—Entré en la habitación de tu hermano, mirando un poco… Y por casualidad, encontré el saco, lo abrí y vi que eran joyas de verdad. Nada de pacotilla. Una fortuna. Escondí el saco en la cisterna. Y así algún día, cuando volviese a sorprender una mujer colgada de tus labios, me iría lejos, con mi fortuna en joyas.

—Ay, Dios… Y mientras, todo el mundo dando vueltas como borricos en noria. Un poco más, escabechan a mi hermano por culpa tuya.

—¡Lo que me quedaba por oír! Tu hermano es el que trajo el saco. Es el ladrón.

—¿Y tú qué fuiste? ¿O es que cuando tú birlas es una obra de filantropía? Y si habías decidido pasarte a las filas de los rateros, ¿por qué luego liaste más la cosa dejando el dichoso saquito en el coche de Dora? Ah, comprendo. Bien… Fue el arrepentimiento.

—Fue el pánico. Tal como iban las cosas, comprendí que sacaría más molestias que dinero de las joyas, y cuando los dos ladrones empezaron a registrarlo todo, pensé que acabarían por colarse en la cisterna. El «Fiat» estaba a cinco metros. Así me libraba del fardo que ya era comprometedor y… le hacía la pascua a la pájara africana.

—Pero ¿qué te ha hecho ella?

—Lo imposible. Eso es lo que hace. Para conquistarte.

—¿A mí? Vamos, vamos, mujer… Ni me he dado cuenta. Y aunque así fuera, ¿qué me importa? Solamente cuentas tú. Eres la única.

Seguimos un poco más. Terminamos jurándonos eterna pasión. Aproveché que estaba enternecida para soltar que mi hermano pasaría el invierno con nosotros. No protestó.

Cuando, en el saloon, me senté a requerimiento de Luc, no pude impedirme reír, mirándole. Si supiera quién fue la persona que le volatilizó su maletín de aviación…

—¿Te haces cosquillas, Jojo?

—Estoy pensando que de un momento a otro vendrá la policía.

—¡Córcholis! Escampo. Me largo ya.

—Calma, calma. Eres un hombre redimido. Eres mi barman.

—También es verdad. Es la primera vez que trabajo, y eso convencerá a los guindillas que he decidido iniciar mi redención.

La policía fue muy correcta. Simple rutina.

Tras el mostrador, mi hermano, de chaqueta blanca, era la viva imagen del trabajador pulcro y de vuelta de muchas cosas.

Mi conciencia está tranquila. Los Fabri siempre hemos antepuesto la fuerza de la sangre familiar a los detalles convencionales. Ante un juez, la bronca que me dedicaría sería de órdago.

Ante Dios no me siento culpable de nada.

Pero por si acaso resultase que mi conciencia no me deje dormir a justo, fui a consultar al Padre Masseria. Un buen corso, a quien la policía quiere mucho, al igual que los descarriados.

Me dedicó una serie de calificativos de todo calibre. Lo arregló todo, dejando a mi familia fuera de responsabilidades.

Y así pude respirar tranquilo. Como ex patrón les pagué una tumba decente, con su lápida y cruz, a mis ex empleados.

Y puedo ya oír silbar el viento por el bosque sin que me produzca el menor escalofrío.

FIN



Pedro Víctor Debrigode Dugi
(1914-1982)
es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los año setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por

distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmo sus obras como P.
V. De
brigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, V. Debrigaw, y Vic Peterson.

Notas

[1] Presidio del sur de Francia. <<